

PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel. *La edición de textos*. Madrid: Síntesis, 1997. 175 pp. (ISBN: 84-7738-485-1)

Para los estudios literarios sigue siendo tarea tan necesaria como poco reconocida la edición crítica y anotada de textos. Poco a poco, en las dos últimas décadas, la investigación filológica hispánica parece haberse decidido a seguir y prolongar los caminos abiertos por la generación de don Ramón Menéndez Pidal. No obstante, se sigue echando en falta en los currícula de los estudios de segundo y tercer ciclos universitarios la necesaria atención a esta oscura labor, que no es fin pero sí medio indispensable del quehacer filológico.

La bibliografía española sobre edición de textos —no cuento ahora la bibliografía específica sobre edición de clásicos grecolatinos— sigue siendo modesta. Algunos artículos, actas de unos pocos congresos —recientes— sobre edición y anotación de textos y dos manuales, a los que se viene a sumar el que recientemente ha publicado el profesor Pérez Priego.

Se trata de un libro breve, que “no pretende sino dar cuenta, de manera ordenada y resumida, de las principales cuestiones que vienen ocupando a esta vieja disciplina de la edición de textos y de algunas de las aportaciones más relevantes que se han producido en su campo” (7). A lo largo de siete capítulos expone los conceptos y procedimientos fundamentales que debe conocer quien pretenda adentrarse en el mundo de la edición. Como indica su título, el primero (“La crítica textual. Introducción Histórica”, 9-20) ofrece un sucinto panorama de la disciplina, si bien al mismo tiempo constituye una reivindicación de su vigencia perenne, por encima de los sistemas hermenéuticos en boga en cada momento.

Los dos siguientes capítulos (“El proceso de transmisión de los textos”, 21-42; y “La edición del texto”, 50) son también introductorios en la disciplina. Ahí se encuentran todos los conceptos necesarios para no naufragar en la consulta de bibliografía especializada sobre el tema e incluso en la de los estudios preliminares de ediciones críticas, que con demasiada frecuencia dan por supuesta una alta competencia del lector en esta materia tan importante como árida.

Los capítulos cuarto, quinto y sexto constituyen el núcleo temático del manual y se ajustan al clásico esquema de la *recensio* o estudio de los testimonios que transmiten el texto a editar (51-68), su cotejo y valoración; la *constitutio textus* por la que se propone un texto definitivo (69-77); y la *dispositio textus*, tarea por la que el editor lo ofrece al lector de la manera más

clara posible (79-90). Complemento a este capítulo es el séptimo y último, donde se describen las distintas formas de anotar el texto y consignar las variantes textuales de los testimonios (91-102).

Sigue una selección de láminas (103-168) de manuscritos antiguos y modernos, incunables e impresos de diversas épocas, que ilustran algunos conceptos expuestos en el libro. Completa el manual una selección bibliográfica (171-175).

El autor cumple con el objetivo que se ha propuesto, pues ofrece una herramienta útil para la introducción en el mundo de la edición de textos. Su manual es breve y claro. Además no da por supuestos conceptos que pudieran parecer elementales a quien llevase años trabajando en esta disciplina pero que, por razones ya aludidas, frecuentemente han sido olvidados en los programas y textos universitarios. En esa misma línea, se trata de un texto ecléctico y descriptivo, que no suele tomar partido y que se limita a exponer estados de la cuestión y diferentes maneras de solucionar los problemas que plantea la edición. Sin embargo, teniendo en cuenta esa misma orientación general de la obra, se echa en falta un glosario que permita localizar los términos propios de esta disciplina (antigrafo, *codex optimus*, etc.) que se emplean en el manual y que en sus reediciones haría aún más útil esta aportación.

Francisco Crosas López

BUCKLEY, Ramón. *La doble transición. Política y literatura en la España de los años setenta*. Madrid: Siglo XXI de España, 1996. 169 pp. (ISBN: 84-323-0910-9)

No cabe duda de que la transición de 1975 es uno de los momentos más interesantes de la historia española contemporánea. Sin embargo, una simple ojeada al panorama literario de ese año nos revela que no se trató de una fecha clave para los escritores. Ya han pasado más de veinte años desde entonces, estamos suficientemente lejos de ese acontecimiento y de esa otra fecha clave en el pensamiento europeo que es mayo del 68 como para poder juzgar —o al menos analizar— con un poco de perspectiva los acontecimientos que tuvieron lugar en ellas y su repercusión tanto en el campo político como en el literario.

Algunas historias y manuales de la literatura (los de Aznar Soler, Barrero, Iáñez) han abordado ya esta época; *Abriendo caminos* de Ingen-

chay y Neuschäfer estudia la literatura española desde 1975. Sin embargo, todos estos libros, por su propia naturaleza, toman la transición como un simple suceso referencial. Ramón Buckley, conocido por sus estudios sobre narrativa española del siglo XX, no quiere en este trabajo hacer una historia literaria, sino abordar el fenómeno de la transición en sí: hacernos entender cuándo, cómo y por qué se dio la verdadera transición literaria en España.

Esto no quiere decir que tengamos ante nuestros ojos un ensayo filosófico o rigurosamente científico. Buckley posee un estilo particular, desenfadado y provocativo, que da a todo su trabajo un carácter personal y subjetivo. Lo cual no es obstáculo para que aborde los temas con seriedad y acierto.

El autor parte de la idea —no especialmente original, pero poco explicitada en la práctica— de que la verdadera revolución ideológica se llevó a cabo en 1968: la revolución del 68, dice en la introducción, “fracasó a nivel político pero triunfó a nivel ideológico” (x). A finales de los años 60 se abandona el marxismo, que por oposición al régimen oficial era la moda de los intelectuales españoles del momento. Los escritores desconfían ahora de la memoria histórica comunista y se refugian en la propia memoria personal. Dejan las preocupaciones sociales y se sumergen en sí mismos. Por eso cuando llega el momento de actuar, en 1975, no son capaces de hacerlo: “faltó, en la transición española, ese ‘quinto poder’, esa autoridad moral que, en determinados momentos de la historia, debe ejercer la clase intelectual como contrapeso del poder político” (xvii). En el orden público, esta ausencia de los intelectuales facilitó o propició una reconciliación de la clase política, pero dificultó la solución del problema de fondo, que era la reconciliación nacional. Faltaba la conciencia de la propia democracia. Faltaba que esa nueva situación política fuera reconocida por quienes la vivían.

Una vez expuesto el desarrollo de los hechos, el trabajo se dirige más hacia su reflejo literario. Buckley distingue dos corrientes que nacen alrededor de mayo del 68: la doctrina libertaria nietzscheana, que niega de algún modo el marxismo imperante, y el feminismo, pieza clave en la transición política. El auge de las nuevas ideas y el fracaso de las antiguas da lugar al título de las tres partes de que está compuesto el libro: la crisis de la razón dialéctica, el pensamiento radical y la escritura femenina.

En la primera parte —sin duda la más interesante— el autor trata de describir la evolución del pensamiento marxista y su decadencia, primero en

la revolución del 68 y después en la transición a la democracia. Explica la falacia de la apertura franquista a finales de los 50 como un modo de encubrir el carácter totalitario del régimen. La misma conspiración que supone la ideología marxista frente al régimen de Franco pierde su objetivo al tener libertad para conspirar: se cree en la caída del régimen pero nadie lucha por que se haga realidad. Los intelectuales piensan que serán los obreros quienes comiencen las revueltas, los obreros delegan en el partido. La burguesía quiere ser marxista sin dejar de ser burguesa y la acción política se aplaza. Es el debate de Teresa (Juan Marsé, *Últimas tardes con Teresa*) entre dos pretendientes conspiradores: Luis Trías, el intelectual, y Manolo, el obrero. Teresa acabará casándose con un chico de buena familia y las cosas seguirán igual. En estas páginas Buckley no pretende explicar todos los avatares del cambio político: toma una serie de obras que le parecen representativas y las enmarca en un contexto. Las distintas pinceladas dan una visión parcial pero indiscutiblemente aguda que hace reflexionar al lector sobre los acontecimientos que se describen.

El autor hace también alusión al existencialismo marxista de Sartre —de quien ve el fiel reflejo en la novela de Luis Martín Santos *Tiempo de silencio*— y a una “dialéctica cristiana”, rótulo bajo el cual sitúa a Miguel Delibes y José Jiménez Lozano. El fin del marxismo en la sociedad española está ejemplificado (sin que suponga obligatoriamente un punto final) con *Le grand voyage* y la *Autobiografía de Federico Sánchez* de Semprún, quien, explicando las circunstancias en las que fue expulsado por Carrillo del PCE, rompe con estos libros la ley de silencio sobre la que se había construido la democracia.

En la parte dedicada al pensamiento radical se agrupan los movimientos de origen nietzscheano que aparecieron alrededor de mayo del 68. A pesar de que hay quienes afirman que esta revolución no existió o fracasó en España, no cabe duda de que influyó en gran manera en el autor de este estudio, quien se afirma muy cercano a los acontecimientos que se desarrollaron en ese momento. Efectivamente, este movimiento tuvo un profundo impacto ideológico, ya que supuso la quiebra tanto de un sistema de valores tradicional como de la dialéctica: no estamos ya ante la rebelión de una clase sino del individuo. Si Marx sitúa más allá el fin de la lucha de clases, Nietzsche lo sitúa en el hombre mismo.

Buckley se refiere en esta parte también a otros movimientos cuya inclusión bajo el título de “radicales” es ciertamente arbitraria. Aunque se trate de un autor extremadamente parcial en su visión del hombre, creo que

no se puede hablar de Freud —o de quienes llevan a sus últimas conclusiones su pensamiento, como Juan Goytisolo en *la Reivindicación del Conde D. Julián*— como pensador radical. A pesar de ello no dejan de ser sugestivos los capítulos dedicados a Juan Goytisolo, Terenci Moix o Miguel Espinosa. Especialmente interesante en cuanto a lo que será el nuevo modo de entender la historia y la literatura es el caso de Eduardo Mendoza, quien en *La verdad sobre el caso Savolta* muestra la confusión que puede darse entre los planos de ficción y realidad oponiéndose a la teoría de Foucault (accedemos a la verdad de los hechos a través de la “narratividad”), haciendo que distintos géneros narrativos (historia, crónica, policíaco, periodismo, ficción) se opongan entre sí y demostrando el valor de verdad que puede tener la “intertextualidad” (Buckley hace un empleo muy peculiar del término), la resultante de los distintos puntos de vista.

El movimiento feminista tuvo en mayo del 68 un impulso definitivo: por la importancia decisiva que el autor del libro concede a esta tendencia en la época de la transición, la última parte está dedicada exclusivamente a la escritura femenina. Este apartado es a mi juicio el más parcial, probablemente por centrarse Buckley en las teorías extremistas de Gilbert y Gubar cuya divisa fundamental es “la escritura tiene sexo”. Las primeras veces en las que aparece el punto de vista femenino, afirma el autor, será con visos de humildad y sumisión, según la postura que socialmente estaba asignada a las mujeres. Entre estas primeras novelas en las que se empieza a escuchar la voz femenina tenemos *La plaza del Diamant*, de Mercé Rodoreda. Poco a poco, ya en los años 70, esta voz irá tomando un tono más reivindicativo. La visión de la mujer como ser marginado (tomado de Julia Kristeva) es la que dibuja Montserrat Roig en sus novelas primeras (*Ramona, adieu*, por ejemplo): aunque los tiempos cambien, la mujer siempre seguirá fracasando, porque las revoluciones las hace el hombre. La mujer necesita una revolución desde sí misma. Sin embargo esta misma autora en sus obras más cercanas a nuestros días cambia de perspectiva. Se da cuenta de que la situación histórica que vivió en su juventud le “obligó” a tomar posturas radicales (catalanismo, marxismo, feminismo) que no eran realmente lo que buscaba. Afirma el extremismo de estas actitudes y su falsedad.

Buckley hace también alusión a la participación en medios políticos en la que se involucraron muchas feministas en la época de la transición ejemplificándola con la *Crónica del desamor* de Rosa Montero. Y llega al punto en el que las mujeres tratan de encontrar su verdadera identidad a través de

Carmen Martín Gaité, quien utilizando el recurso de la memoria y siguiendo la visión de la literatura como fantasía de Todorov, escribe en *El cuarto de atrás* una novela personal, femenina. La última autora de este movimiento que cita el autor es Esther Tusquets. La suya es una voz de mujer plena y segura. Entre 1960 (*La plaza del Diamant*) y 1980 (*El mismo mar de todos los veranos*) encontramos “la distancia que separa a la mujer que comienza a tener conciencia de su propia identidad como mujer y la mujer que exhibe esa identidad como bandera” (157). Es cierto que desde hace unos años la escritura femenina se ha desarrollado de manera extraordinaria. Pero me parece muy arriesgado afirmar que durante o tras el proceso de transición política la mujer ha encontrado su identidad o su voz. Semejante declaración merecería un estudio antropológico muy profundo que probablemente no llegaría a la misma conclusión que el autor de este trabajo.

A lo largo de estas páginas encontramos principalmente escritores, pero Buckley enriquece su estudio de manera muy acertada con las aportaciones de teóricos de la literatura, sociólogos o políticos, tanto españoles como extranjeros. Los capítulos no son homogéneos. Dedicar, por ejemplo, tres páginas a la “dialéctica de la dialéctica” (la revelación de las contradicciones del pensamiento marxista que ejemplifica con el libro *Testament à Praga* de Teresa Pàmies) y sin embargo se demora trece en explicar el fin de la dialéctica y lo que él llama *l'affaire Semprún*. Ya he dicho que el autor no se propone hacer un estudio riguroso, sino más bien lanzar una serie de ideas que hagan reflexionar sobre un fenómeno de gran relevancia que no ha sido apenas estudiado desde el punto de vista literario. Este trabajo constituye ciertamente un buen punto de partida para otros acercamientos —de carácter quizá más metódico— que sigan investigando en esta época crucial de la historia reciente.

Rosa Fernández Urtasun

GRACIA, JORGE J.E. *Texts. Ontological Status, Identity, Author, Audience*. Albany: State University of New York Press, 1996. 215 pp. (ISBN: 0-7914-2902-4)

En este libro, Jorge Gracia continúa desarrollando el sistema de pensamiento que aparece en su obra *A Theory of Textuality: The Logic and Epistemology* (Albany: State University of New York Press, 1995). De hecho,

la introducción del volumen de 1996 es la base lógica y epistemológica expuesta en el anterior. Destacan estos trabajos por la aplicación del pensamiento filosófico clásico a cuestiones lingüísticas que suman a su complejidad intrínseca las problemáticas diversas con que se han relacionado al ser tratadas según diferentes escuelas. En general, Gracia procederá por medio de simplificaciones y distinciones, sobre cuyos resultados construye su especulación metafísica.

Tal como lo concibe Gracia, el texto está compuesto de signos, y estos se componen de unidades usadas de modo significativo. Este conjunto tiene un significado, que es condición primaria para que el texto pueda tener una función en el uso. Distingue entre funciones de tipo lingüístico (informar, expresar, realizar, dirigir, etc.), en que se combinan la teoría de las funciones de Jakobson y los actos de habla; y funciones de tipo cultural: legales, políticas, pedagógicas, religiosas, científicas, etc.

El propio texto se concibe de varias formas: el "real", sea "histórico" (en el momento de su creación), "contemporáneo" (el que existe en el presente), o algún estado intermedio; en el plano "mental" distingue entre el "intentado" (pretendido por el autor) y el "ideal" (el que el receptor considera que el autor debería haber producido).

Para definir el status ontológico de un texto parte de que este se compone de "entidades constitutivas" (ect) y de significado. A partir de aquí, plantea algunas cuestiones de tipo metafísico: la universalidad o individualidad de un texto, que hace depender de la universalidad o individualidad tanto de las ect (es decir, de que sean mentales o físicas) como del significado (esto es, de la universalidad o individualidad del contenido proposicional). La individuación de los textos es, según Gracia, igual a la de todos los entes: depende de la existencia. Esta, se insiste, no es un rasgo más: aunque el existir implica tener rasgos, estos no implican la existencia.

A continuación se debate si los textos son físicos o no, refiriendo la problemática a las ect; según Gracia, puede haber de los dos tipos, y especifica que los textos no-físicos son siempre mentales, aunque existen entes no-físicos no-mentales.

La relación del texto con sus ect y su significado se explica por la acción mental del individuo; el autor del texto relaciona un significado con ect universales y lo manifiesta en ect individuales; y la audiencia realiza el proceso inverso. Es decir, no se concibe el texto como objeto acabado, sino

como discurso que requiere la presencia de los interlocutores para ser significativo; y se le da un valor cognoscitivo trascendente que se encontraba ya en Aristóteles, pero que la lingüística saussureana, al cerrar el signo como unión de significante y significado, había perdido (pérdida de la que los postestructuralismos han obtenido grandes ganancias).

A continuación trata problemas metafísicos más específicos, como si los textos son substancias o accidentes, si son simples o compuestos; por fin llega a cuestiones que son de interés más directo para la lingüística y la literatura: en qué reside la existencia (física o mental) de un texto, y cuál es la relación de todas estas ideas con el problema de la historicidad de los textos, ineludible por el hecho de que los textos que existen son siempre individuales (Gracia considera que los universales son neutrales respecto de la existencia), y se ubican en un tiempo determinado.

Para tratar la identidad hace algunas distinciones: la identidad puede ser acrónica, sincrónica o diacrónica; la cuestión de la individualidad no es la misma que la de la identidad de los individuos; y del mismo modo ha de distinguirse entre la cuestión ontológica de la identidad y la cuestión epistemológica del (re)conocimiento de la identidad.

Respecto de la individualidad acrónica, de textos universales, después de debatir varios aspectos concluye que son condiciones necesarias la identidad del significado, y el tipo de sintaxis y de signos; además, hay condiciones necesarias para la identidad del significado, como la identidad de tipo de acto ilocutivo, de "lector modelo", etc. De todas formas, Gracia sostiene que estos parámetros están sometidos a convenciones culturales, y dependen también de la función que el texto haya de desempeñar en la sociedad.

Establecidas estas condiciones, se hace depender de ellas, con los ajustes oportunos, las cuestiones sobre la identidad acrónica, sincrónica y diacrónica de textos individuales.

Con este problema conecta la cuestión epistemológica sobre la identificación y la reidentificación de los textos, que Gracia no hace depender —para el caso de los textos individuales— necesariamente del conocimiento de las condiciones esenciales, sino que pueden alcanzarse por medio de otros rasgos.

Por último, hace una distinción importante entre "texto" y "obra". Según Gracia, la "obra" es el significado de un texto, por lo cual se mantiene la identidad de la obra en las traducciones, aunque se trate de textos diferentes, porque han cambiado los signos.

Al entrar en el apartado tercero, acerca del autor, aparecen cuestiones que son de interés para el estudio de la literatura: la identidad del autor, su función, su relación con la interpretación de sus textos.

El autor "histórico" es la persona (o grupo de personas) que compone el texto, con las *ect* y el significado. Para establecer su identidad como autor de un texto no sólo se requiere la identidad personal, sino también la capacidad y posibilidad de componer el texto, de manera que un cambio de ideas en una persona podría convertirla en dos (o más) autores distintos. La función de este es "crear" un texto "histórico" nuevo; teniendo en cuenta que el primer autor de una instancia textual crea el texto universal, y los demás sólo instancias individuales del mismo texto universal.

Teniendo en cuenta que el público se encuentra habitualmente con un "texto contemporáneo", configurado no sólo por el autor histórico sino también por editores, impresores, etc., puede designarse todo el grupo con el nombre de "autor compuesto"; su labor también se dirige a la producción del texto histórico.

El autor "seudo-histórico" es una imagen del autor: puede ser la que se hace el propio público mediante la lectura de su texto, o mediante el conocimiento de informaciones sobre él; o bien puede ser la que el propio autor propone de sí mismo en el texto, interviniendo como personaje o como narrador.

Y, por fin, puede hablarse del autor "interpretativo" como aquel que, al dar un nuevo significado a las *ect*, produce, en realidad, un texto nuevo; esto puede hacerlo una audiencia global, o bien un intérprete que difunde su interpretación.

Estos dos últimos no tienen función ontológica, no "crean" el texto, pero sí son importantes desde el punto de vista epistemológico: su labor consiste en causar actos de entendimiento del significado de los textos existentes. Sin embargo, el autor interpretativo puede ser considerado autor histórico si da lugar a un nuevo significado asociado a un conjunto de *ect* ya existente, ya que se trataría de un nuevo texto (según la teoría de la identidad textual que exponía antes el propio Gracia). Como explica más adelante, el autor "seudo-histórico" puede resultar "represivo", ya que la imagen que la audiencia tiene del autor orienta la comprensión de los textos.

Por último se ocupa de la necesidad de que existan autores; desde un punto de vista ontológico es imprescindible que alguien cause el texto, y

si las lecturas se han combinado fortuitamente, será el autor del texto quien les asigne un significado. Los demás son prescindibles, pero es habitual que aparezcan en los avatares que los textos sufren en la historia.

El capítulo de la audiencia se abre con el problema de su identidad, y es que hay múltiples audiencias: el autor es audiencia, y luego se puede distinguir entre la “contemporánea” (de la producción del texto), la “intentada” (prevista por el autor, sea real o imaginaria), la “intermediaria” (posterior a la primera pero anterior a la actual) y la “actual”.

La audiencia está compuesta, por lo general, de más de un individuo. En este punto es necesario tener en cuenta que los actos por los cuales se entiende un texto son siempre individuales; ahora bien, la interacción en el seno de un grupo puede configurar de una manera u otra el objeto de ese acto, el significado del texto.

Ciertamente, no es imprescindible que exista una audiencia fuera del autor; ahora bien, el carácter lingüístico de los textos abre siempre la posibilidad de una recepción pública. La audiencia (distinta del autor) puede tener un carácter subversivo, al dar al texto un significado que sabe que no tiene, cumpliendo con ello una función de autor interpretativo. Por otra parte, puede ser represiva, si impone una determinada lengua, unos temas y un estilo, etc., al autor. Cada audiencia, además, ejerce una represión sobre las que la siguen en el tiempo, ya que éstas dan lugar a una tradición interpretativa en que se mantiene un significado.

Gracia no se ha limitado a hacer un análisis de los textos en lenguas naturales, sino que ha considerado la posibilidad de que existan textos a partir de cualquier rasgo perceptible que se haya asociado con un significado. Por este motivo es difícil juzgar acerca del valor de sus conclusiones para la lingüística, y en muchos casos sus ideas son aplicaciones de conceptos de la metafísica clásica a los textos; sorprende la capacidad de Gracia para llegar a conclusiones convincentes. Es probable que la mayor utilidad de *Texts* para la lingüística resida en que supone una aproximación clara y clarificadora a problemas que han sido tratados en esta disciplina tradicionalmente, pero sin recurrir al aparato conceptual que brinda la metafísica.

El acercamiento a los problemas de autoría y audiencia desde posiciones filosóficas también resulta esclarecedor para la teoría literaria. Las distinciones de Gracia entre tipos de autores, las relaciones de estos con la intelección del texto por parte de la audiencia, y los efectos de la interpretación de una audiencia en las demás, deben ser tenidos en cuenta en los

planteamientos de teoría de la literatura. En efecto, la hermenéutica de la obra literaria no ha de concebirse al margen de los procesos sociales (sea por la interacción más o menos independiente de individuos, sea por medio de instituciones) por los cuales una obra es transmitida a los lectores, y de los procesos por los cuales se asigna un significado, una relevancia, una función cultural a un texto en el seno de una comunidad. Del mismo modo, la sociología de la literatura no puede concebir su objeto como mera transmisión de textos, sin tener en cuenta cómo los propios mecanismos de transmisión influyen en la interpretación que se les da. Las ideas de un autor “compuesto”, que da un cierto carácter al texto impreso; de un autor “seudo-histórico”, imagen que influye en la atribución de significado, y que con frecuencia se transmite en el sistema educativo u otras actividades culturales; de un autor “interpretativo”, crítico con autoridad que marca los límites de las interpretaciones aceptables en el seno de una comunidad (función esta asumible por un público más general), son valiosas para un análisis de la vida de la literatura en las sociedades. Además, permiten sustituir sicologicismos diversos por el estudio de los textos y los medios en que circulan los saberes que la sociedad considera relevantes.

A la vez, la distinción entre los “signos” y sus significados, entre la ontología y la epistemología de los textos, entre los actos de entendimiento y el “contenido” u objeto del acto permiten mantener la individualidad y la libertad de la hermenéutica, libertad frente a los signos que componen el texto, ya que pueden interpretarse de manera distinta (y aparece la posibilidad de errar, a la vez que la de ser creativo y adaptar el texto a las propias necesidades), y frente a las interpretaciones tradicionales que orientan la comprensión, ya que cada acto individual se sitúa en libertad ante la posibilidad de aceptar un significado previamente transmitido o producir uno nuevo.

Puede llamar la atención la terminología de Gracia, que decide romper con los variados usos de diversas escuelas que conoce bien (como es evidente por la bibliografía, aunque no carga el texto con citas y nombres); con ello, es necesario ir adquiriendo los nuevos términos a lo largo del libro; sin embargo, es indudable que esto lleva consigo la ventaja de no usar vocablos cargados por la tradición (ni tener que elegir entre los de una tradición u otra), y ayuda a la distinción conceptual que se va realizando a lo largo de toda la obra.

Luis Galván

TABERNERO SALA, Cristina. *"...Pocas palabras no bastan". Actividades de comprensión y expresión de español para extranjeros*. Pamplona: EUNSA, 1997. 115 pp. (ISBN: 84-313-1489-3)

Como bien señala este original título, el extranjero que desea perfeccionar su conocimiento de la lengua española encuentra que su vocabulario resulta insuficiente para comprender y expresar una gran variedad de expresiones familiares o coloquiales, tan frecuentemente utilizadas en nuestras prácticas comunicativas diarias. Este libro nace precisamente con la intención de aportar material que pueda facilitar la comprensión y adquisición de voces y expresiones cotidianas que, al desviarse de la lengua normalizada o estándar, resultan ininteligibles en muchas ocasiones para el estudiante extranjero. La enseñanza de ELE (español como lengua extranjera) en un nivel avanzado o superior debe atender de forma ineludible a este ámbito coloquial o familiar del español puesto que, al fin y al cabo, constituye una parte esencial del estudio en profundidad de cualquier lengua.

A través de una cuidada selección de textos pertenecientes a la sección de firmas del suplemento *El Semanal* durante el período comprendido entre enero de 1995 y marzo de 1996, se proporciona una selecta cantidad de materia prima para el aprendizaje de vocabulario y expresiones usuales de la lengua española. Pero lo que hace que estas páginas resulten una herramienta utilísima para las clases de español para extranjeros radica principalmente en la minuciosa exploración —a través de los diversos ejercicios propuestos por la autora— de los 32 textos escogidos, con el objetivo de estimular una mayor implicación de los alumnos en lo que a las prácticas comunicativas se refiere. Lo que se pretende en definitiva es que, tomando el texto como pretexto, se consiga potenciar las cuatro destrezas comunicativas (comprensión y expresión orales y escritas) que debe dominar todo estudiante. Aunque se trata de un libro recomendable para cualquier alumno, está concebido principalmente como material de apoyo para un estudio guiado por el profesor, quien, a través de las actividades propuestas y de otras que vayan surgiendo al hilo de cada texto, debe conseguir extraer de él el máximo rendimiento posible. La necesidad de la figura del docente es lo que —tal y como indica la autora en el preámbulo— justifica la ausencia de una clave de respuestas, algo que por otra parte no sería muy apropiado debido a la multiplicidad de soluciones posibles.

Las actividades que se proponen a lo largo del libro son diversas y giran siempre en torno a aquellos textos que las preceden. Dos de ellas son comunes a todos ellos: la primera propone la construcción de una historia utilizando una serie de palabras o expresiones dadas, mientras que la segunda sugiere una serie de invitaciones a la redacción en ocasiones, en otras al debate, que pretende estimular la comunicación escrita u oral a partir del tema propuesto. En cuanto al resto de ejercicios la variedad es la nota dominante: completar oraciones a partir de determinadas expresiones, elegir cuál es el significado correcto o verificar su validez en un contexto diferente, transformar frases, expresar una idea de forma menos coloquial, enlazar dos columnas que relacionan expresiones del texto con su sentido preciso en un contexto determinado, etc. En otras ocasiones se llega a alterar incluso el orden de los párrafos del texto para que el estudiante los ordene, se le pide que formule preguntas cuya respuesta sea cada uno de los párrafos e incluso se le invita a concluirlos mediante la elección de la oración más adecuada entre unas cuantas propuestas.

Constituye también un acierto la elección de los artículos, agrupados en torno a seis temas relacionados con pensamientos o tópicos (España y los españoles, Una de "guiris", ¡Hombres!, Mujeres, Condición humana y Crónicas de sociedad); no sólo resultan interesantes por la gran riqueza de voces y expresiones familiares que posibilitan su explotación lingüística, sino que su misma temática atrae al alumno, estimula su participación y, en consecuencia, facilita su aprendizaje. Por otra parte, es importante señalar que se trata de artículos reales de la prensa española actual, con las mínimas adaptaciones necesarias; por consiguiente, no se ofrecen textos adulterados que puedan facilitar la comprensión del estudiante extranjero, sino que éste se enfrenta —y ahí está precisamente lo interesante— con un ámbito más o menos espontáneo o coloquial de la lengua, aproximándose de un modo fiable a su uso comunicativo más cotidiano. Es sin duda una ocasión única para favorecer el desenvolvimiento de quien desea sumergirse totalmente dentro de una lengua distinta a la propia.

Como complemento a las múltiples posibilidades de aprovechamiento propuestas en este libro, la autora ofrece en las páginas finales un *Breve vocabulario para andar... por los textos* que, como su propio nombre indica en clave de humor, compila una gran cantidad de voces y expresiones coloquiales —que aparecen en los distintos textos— junto con su significado preciso en los mismos, facilitando enormemente no sólo su comprensión sino

la asimilación de buena parte del vocabulario que interesa recordar. Las definiciones que se ofrecen están tomadas de tres diccionarios de consulta obligada para el estudio en profundidad de la lengua española: el DRAE (*Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, 1992, 21ª ed.), el *Diccionario de uso del español* (María Moliner, 1992) y el *Diccionario de voces de uso actual* (M. Alvar Ezquerro, 1994). Además, se incluye también un conjunto de voces y expresiones –en especial aquellas más recientes o novedosas– cuyas acepciones, bien por no aparecer recogidas en las obras anteriormente citadas, bien por resultar inapropiadas para el texto que aparece en este libro, son facilitadas por la autora (razón por la que, en este último caso, aparecen sin indicación de fuente lexicográfica alguna).

Esta publicación, cuya finalidad –tal y como se ha señalado– es la de potenciar la consolidación de las cuatro destrezas lingüísticas del estudiante de ELE, contribuye a cubrir de modo eficaz un vacío real dentro de la enseñanza del español a extranjeros, muy necesitada de nuevos materiales didácticos destinados a este mismo fin.

Mónica Lesaca Burusco

CIFUENTES HONRUBIA, José Luis. *Usos prepositivos en español*. Murcia: Servicio de Publicaciones, Universidad, 1996. 193 pp. (ISBN: 84-7684-718-1)

El estudio de las preposiciones se ha retomado en los últimos años desde nuevas perspectivas surgidas a partir del desarrollo de disciplinas como la ciencia cognitiva o de ramas de la lingüística como la pragmática. El objetivo del presente trabajo de Cifuentes Honrubia es el de analizar las condiciones de empleo que rigen la significación de las preposiciones de contenido espacial en español. Esta restricción del estudio a los usos locativos tiene un carácter meramente metodológico.

Aunque el objetivo del trabajo marca su carácter práctico, la labor de análisis de los usos prepositivos no podría haberse llevado a cabo sin un planteamiento teórico previo. A ello dedica el autor la primera parte del libro, que se apoya en trabajos anteriores para perfilar el marco metateórico en el que situar su estudio. Cabe señalar que la perspectiva finalmente adoptada para la configuración de las condiciones de uso de las preposi-

ciones es la de la Gramática Cognitiva. Desde esta perspectiva el autor presta atención a dos aspectos: la espacialidad lingüística y las preposiciones como elementos relacionantes. La segunda parte, titulada "Análisis de las condiciones de empleo de los términos relacionantes en español", se centra en el estudio de los usos prepositivos a partir de la ejemplificación espontánea.

Las preposiciones permiten el estudio de los procesos de abstracción de la información, que es uno de los puntos de interés de la Gramática Cognitiva, ya que la percepción del espacio por el hablante y su articulación lingüística no coinciden totalmente. Sin embargo, un análisis de la espacialidad muestra que el sistema lingüístico no es totalmente arbitrario. Por ello el autor opta por "estudiar las condiciones y principios cognitivos que posibilitan conceptualizar ciertas situaciones lingüísticamente de una u otra forma" (14). El autor cree que la complejidad en el estudio de las preposiciones es debida a tres factores: a) cada preposición puede expresar una amplia variedad de relaciones; b) existe una estrecha interacción entre la preposición y su contexto; y c) la existencia de más de una preposición para conceptualizar una misma situación. A este enfoque cognitivo se le suma también el pragmático, pues el propósito del libro es el de "explicitar los dominios cognitivos de algunos de los elementos relacionantes por medio de las condiciones de empleo que rigen su uso" (23).

En la segunda parte del libro el autor acomete el análisis de los relacionantes espaciales más usuales en español. De este modo se contrastan los usos de las preposiciones para demostrar que los diferentes usos responden a divergencias de tipo semántico-pragmáticas. Es decir, es necesario "establecer una correspondencia entre la descripción lingüística del espacio y el conocimiento extralingüístico que de él tenemos" (89). El autor reconoce adoptar en estas páginas un cierto espíritu wittgensteniano, al entender y explicar el significado de una palabra atendiendo a su empleo. El estudio del valor semántico de las preposiciones lo realiza Cifuentes Honrubia ateniéndose a la conmutación, aunque los resultados no sean iguales en todos los contextos posibles y haya que considerar entonces componentes contextuales que determinan neutralizaciones o cambios de valor. Las parejas de opuestos vienen determinadas por su posibilidad estructural de coincidir en una misma posición sintagmático-topológica. Por otra parte, la diferenciación semántica de ambos términos es nula y por ello el problema de su uso se resuelve atendiendo a la referen-

cialidad contextual. Así, encontramos parejas de elementos relacionantes como arriba/ encima, encima (de)/ sobre, etc.

Este trabajo es una aportación original al estudio de las preposiciones en español ya que el autor analiza estos elementos relacionantes desde una perspectiva semántica, es decir, desde la lingüística tradicional, pero teniendo en cuenta factores extralingüísticos de tipo cognitivo que son resultado de estudios en un área más nueva de la lingüística como es la Gramática Cognitiva. Además, este análisis de tipo teórico se completa con un estudio práctico en el que se muestran los usos prepositivos de contenido espacial en español. Es decir, a partir de las aportaciones de la Gramática Cognitiva se llega a conclusiones de carácter pragmático. El libro incluye una amplia bibliografía. Sin embargo, se echa en falta un índice analítico que sin duda podrá ser incluido en posteriores ediciones.

Carmen Llamas

BERNARDO, José María. *La construcción de la lingüística. Un debate epistemológico*. València: Universitat, 1995. 200 pp. (ISBN: 84-370-1967-2)

En lingüística siempre ha sido escaso el número de investigadores que se han preocupado de cuestiones epistemológicas. El interés de los especialistas se ha centrado más en la búsqueda y aplicación de un método que en la reflexión sobre la propia ciencia. Por esta razón, la teoría lingüística se ha confundido en muchas ocasiones con la simple descripción histórica de métodos, al tiempo que la labor del lingüista quedaba reducida a la aplicación de diferentes métodos que conducían al hallazgo de nuevos hechos lingüísticos. El libro de José M^a Bernardo no va por esos caminos: la lingüística no es sólo un método, sino una forma de conocer. Es decir, en lingüística es posible hacer teoría de la ciencia.

Como señala Ángel López, prologuista de este libro, Bernardo muestra que la lingüística no está, se construye. De este modo se continúa la línea de investigación cultivada entre otros por Hjelmslev, Chomsky y especialmente por Jakobson, quienes plantean la teoría lingüística en términos de teoría de la ciencia. Ya no es sólo el lenguaje el objeto de la lingüística sino que también puede serlo ella misma como ciencia, complementando así el tradicional estudio sobre teorías y métodos. El supuesto fundamental del que parte Bernardo es "la consideración de que la delimitación científica

de la lingüística tiene un carácter dinámico e inacabado" (13), tanto por la determinación histórica como por el pluralismo relativista que definen la concepción de la ciencia y el proceso de investigación científica. La obra se divide en tres partes que van precedidas de un prólogo de Ángel López y una introducción del autor. En primer lugar se presenta el marco global de análisis (la epistemología) para configurar un modelo de racionalidad científica; en segundo lugar se establecen las pautas de racionalidad de la ciencia lingüística como campo de saber específico; y, por último, las conclusiones extraídas de los capítulos anteriores se contrastan y verifican al ser aplicadas a la producción lingüística de Coseriu.

En el primer capítulo el autor aborda cuestiones históricas de la epistemología que permiten analizar los problemas que esta ciencia pueda plantear. En la actualidad la epistemología es la disciplina que tiene como objeto de estudio todo lo concerniente al conocimiento científico, dejando de lado aspectos referidos a la teoría del conocimiento en general que en otro momento se consideraron parte fundamental de la misma. Por otra parte, la epistemología no busca ya la infalibilidad sino el consenso dentro de la comunidad científica como criterio fundamental de la valoración de las teorías.

Aunque el primer capítulo ofrece un marco amplio de investigación en el cual poder reflexionar sobre la propia lingüística, la segunda parte del trabajo tiene un interés específico para el lingüista, pues en ella se abordan cuestiones epistemológicas referidas a la lingüística. El autor considera que esa disciplina posee un estatuto epistemológico especial respecto a otras disciplinas científicas, ya que su objeto de estudio, el lenguaje humano, es histórico y social. De este modo centra su investigación en dos aspectos: la consideración de la filosofía del lenguaje como base de la concepción del lenguaje subyacente a toda teoría lingüística y la aplicación de los principios y problemas de la filosofía de la ciencia contemporánea a la rama del saber denominada lingüística. Después de haber analizado los problemas a los que se enfrenta la lingüística para hallar su estatuto epistemológico, el autor llega a la conclusión de que "posiblemente el requisito fundamental desde el que se deba replantear la historia de la lingüística sea el de romper la dicotomía que considera la teoría del lenguaje y la lingüística como dos momentos radicalmente diferentes en la historia de la reflexión e interpretación del lenguaje" (136).

La superación del positivismo es quizá el hecho más relevante en la filosofía de la ciencia y encuentra su máximo exponente en la figura de

Coseriu. En el tercer capítulo del libro el autor lleva a cabo una aproximación a la teoría lingüística y al proceso de investigación del lingüista rumano, para quien la concepción filosófica determina la delimitación de los objetos específicos de la ciencia así como también la configuración del propio corpus científico. Coseriu acepta el modelo epistemológico de la fenomenología para el estudio de las actividades humanas, la lingüística entre ellas, definida por el saber originario como conocimiento previo y determinante del proceso investigador. La investigación empírica tiene un carácter instrumental de rectificación de ese conocimiento ante-predicativo. En resumen, Bernardo sostiene que la construcción de la lingüística conlleva establecer el soporte filosófico e ideológico que determinan la comprensión global del lenguaje en los diferentes paradigmas y realizar una operación eminentemente epistemológica que sitúe a la lingüística dentro del modelo pertinente de ciencia. La construcción de la lingüística es, pues, como indica el título del libro, un debate epistemológico.

Este trabajo, reconoce el propio autor, “alberga, sin duda, los vicios y virtudes que tiene normalmente cualquier investigación llevada a cabo con motivo de la realización de una tesis doctoral” (14). Este hecho, sin embargo, no resta méritos a una obra que consigue acercar a los lingüistas el problema del establecimiento del estatuto epistemológico de la lingüística, problema que hasta ahora sólo se había discutido entre filósofos.

Carmen Llamas

GONZÁLEZ GARCÍA, Luis. *El adverbio en español*, La Coruña: Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Coruña, 1997. 394 pp. (ISBN: 84-89694-32-X)

Constituye un tópico afirmar la escasa o nula atención que ha recibido en la tradición lingüística el adverbio, en lo que se refiere tanto a su delimitación frente a las demás clases de palabras como a su funcionamiento sintagmático; y en este lugar, en el que la ausencia de sistematización y coherencia son, en ocasiones, denominador común, aparece la obra del profesor González García por medio de la cual pretende evitar que el error y la confusión tomen cariz de verdad en el ámbito del adverbio.

El adverbio en español, versión de la tesis doctoral del autor que ahora ve la luz en el Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Coruña, consta de un preámbulo —quizá en exceso escueto— y cuatro capítulos, además de las conclusiones y la extensa bibliografía que cierran el volumen. Precisamente debido a su carácter primario, el libro comienza con una revisión de “la concepción, metodología, procedimientos de descubrimiento y definición de las clases de palabras y el valor de los distintos criterios utilizados para su sistematización” (12): no se traza aquí una historia de las discusiones acerca de las diversas teorías lingüísticas, sino que únicamente se pretende conducir al lector hasta el modo en que va a ser enfocado el estudio. Así, se propone una clasificación de las “clases de palabras” —no de las “partes de la oración”— en torno a una serie de rasgos distintivos, sostenidos a lo largo de la tradición gramatical, tales como la capacidad para ser núcleo de un sintagma, la posibilidad de actuar como enunciado o su valor como argumento del verbo. Dichos rasgos sirven, además, como pauta para una primera clasificación binaria del adverbio: adverbios anominales —coincidentes en gran medida con los adverbios nocionales de Alarcos— y adverbios nominales, esto es, adverbios bien con base lexemática —los formados sobre una base adjetiva y los formados simplemente a través de la inmovilización de los sufijos de género y número de los adjetivos correspondientes (hablar claro, trabajar duro, etc.)—, bien gramaticales —los adverbios de orientación y todos los pronominales—.

Pergeñada la que será, en la parte final del libro, la clasificación tipológica del adverbio, se dedica el capítulo segundo a trazar un análisis de las definiciones que se han hecho del adverbio, análisis que no se rige exclusivamente por el criterio cronológico, sino que se refiere, en un primer momento, a la “gramática tradicional” y, en un segundo instante, a las escuelas más representativas de la lingüística moderna: la gramática de corte estructuralista y la gramática generativa. De esta exposición el autor constata dos hechos: de un lado, las intuiciones de la tradición gramatical siguen, en gran medida, vigentes —la cuestión acerca de si el adverbio es una categoría independiente o forma parte de otra categoría superior es un viejo problema que se remonta en español hasta Nebrija—; de otro, los desarrollos internos de las diferentes teorías gramaticales tienden a converger (todas las escuelas han sido reticentes a tomar en consideración nuevas funciones adverbiales: piénsese por ejemplo en las gramáticas académicas; o en la gramática generativa, que hasta el surgimiento de la teoría

de la x-barra apenas se dio cuenta de la existencia de la modificación del adjetivo, del adverbio o de las unidades inferiores a la cláusula).

El tercer capítulo resuelve el comportamiento de las unidades adverbiales. En este punto, resaltada la disparidad que existe entre las numerosas funciones que desempeña el adverbio, el autor efectúa una clasificación minuciosa de ellas: modificador del verbo (complemento circunstancial, suplemento, complemento adverbial, atributo, complemento predicativo, etc.), modificador de adjetivos o de otro adverbio (un apartado que se dedica casi en su totalidad a casos tan controvertidos como “mar adentro” o “tres días antes”), modificador de sustantivos, modificador de frases exocéntricas (demasiado a la ligera), modificador de cláusulas y oraciones; y no se ocultan tampoco los diversos valores del adverbio en tanto que enlace extraoracional. En todas estas funciones, tan diversas, se apunta, en cambio, una cierta especialización: un tipo de adverbio predomina en un tipo de incidencia sintáctica.

Finalmente, se aborda la más delicada —a la vez que ambiciosa— tarea: la clasificación de las abigarradas unidades adverbiales. Dicha clasificación, con pretensión de homogeneidad y exhaustividad, retoma los rasgos distintivos comentados en el capítulo inicial: se rechazan, de este modo, los tradicionales valores semánticos (tiempo, lugar, modo, cantidad, afirmación, negación y duda) como criterios para la clasificación de aquellas unidades.

Todo lo anterior desemboca en una respuesta concreta a una pregunta compleja: ¿es posible considerar el adverbio como una clase de palabras? Frente a quien opina que el adverbio forma parte de la macrocategoría “nombre” —debido, fundamentalmente, a la capacidad del sustantivo, del adjetivo y del adverbio para ser núcleo de un sintagma—, el autor sostiene que el adverbio constituye una categoría aparte; aunque se trata, insiste en más de un lugar, de una categoría amplia y heterogénea —en realidad, una hipercategoría— que viene definida genéricamente por su invariabilidad, desde el punto de vista formal, y por su capacidad para ser núcleo de un sintagma, desde el punto de vista funcional.

En definitiva, el trabajo del profesor González García se configura como un estudio riguroso y documentado con el que se pretende poner un punto y aparte al déficit de atención —cada vez menor, por otra parte— que ha padecido el adverbio.

Óscar Loureda Lamas

NAVARRO VILLOSLADA, Francisco. *Obra poética*. Edición y estudio preliminar de Carlos Mata Induráin. Presentación de Kurt Spang. Pamplona: Gobierno de Navarra (Departamento de Educación y Cultura), 1997. 236 pp. (ISBN: 84-235-1596-6)

No es este el primer trabajo que Carlos Mata Induráin dedica a la vida y a la obra del escritor navarro de la pasada centuria. A través de diversos artículos, y sobre todo en su completo estudio *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas*, publicado en 1995, ha llamado la atención sobre el carácter polifacético de este autor, que permanecía bastante relegado, y ha tratado de recuperar distintas facetas menos conocidas de su producción literaria, oscurecidas por su encasillamiento exclusivo como novelista histórico.

En este caso, se trata de recuperar su Obra poética completa, que resultaba muy poco o nada conocida. Este libro, que se publica en la "Colección Literaria Navarra" del Gobierno de Navarra, reúne cincuenta y cuatro composiciones poéticas de Navarro Villoslada, las cuales van precedidas de unas palabras de presentación del Dr. Kurt Spang y de un completo estudio preliminar.

En ese estudio previo, después de resumir los principales datos bibliográficos del autor y tras insistir de nuevo en su carácter polifacético (además de literato, fue un importante periodista y un político con un papel destacado en el campo del carlismo), Carlos Mata Induráin lleva a cabo un detallado análisis de su actividad poética, que arranca en sus años juveniles y le acompaña durante toda su vida. No obstante, Navarro Villoslada —se explica— nunca llegó a coleccionar sus poemas en un volumen y, por consiguiente, el tenerlos ahora reunidos en una sola publicación es una de las principales aportaciones de este trabajo. El editor distribuye los poemas en seis grupos: 1) poemas de tema religioso (que son los más frecuentes, "en consonancia con el ideario tradicionalista del autor"; un mero repaso del índice basta para comprobarlo: "Oración para después de haber comulgado", "Al Niño Jesús", "A Pío IX", "A la Virgen del Perpetuo Socorro"...); 2) poemas de tema moral; 3) poemas de tema político; 4) poemas "de circunstancias"; 5) poemas amorosos; y 6) poemas satíricos y burlescos. En todos estos apartados se estudian los principales temas extractando los versos más interesantes; también se comentan con detalle las formas métricas y estróficas utiliza-

das en cada poema, y se remite en notas a los posibles modelos que pudieron inspirar al autor.

El cuerpo del libro lo forma la transcripción de los cincuenta y cuatro poemas que constituyen el corpus poético de Navarro Villoslada. Hay que destacar que el editor no sólo reproduce todos los poemas que el autor publicó en su momento en los periódicos y revistas literarias de la época (que son los primeros treinta y un poemas), sino que además recupera otros veintitrés inéditos, que se publican por su indudable interés literario o documental. Estas piezas inéditas se encuentran en el archivo del escritor, que conservaban sus bisnietos hasta fecha reciente y que ahora, según se informa en este trabajo, se custodia en la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra (fue cedido al celebrarse en 1995 el Centenario de la muerte de Navarro Villoslada).

Como es la práctica habitual en la colección, las notas a los poemas —que se limitan a las esenciales— se colocan al final, y algunas de ellas pertenecen al propio autor. Carlos Mata Induráin comenta algunas variantes, señala influencias clásicas o aclara los nombres de algunos personajes mencionados en dichos textos. Por lo demás, las notas del estudio preliminar aclaran todos los pormenores dignos de comentario relacionados con estos poemas. La bibliografía y las referencias bibliográficas de las treinta y una poesías publicadas en vida del autor completan este estudio.

En definitiva, estamos ante una nueva y exhaustiva aportación de Carlos Mata Induráin para contribuir al estudio de la producción de Navarro Villoslada, en este caso la poética, que era escasamente conocida hasta el momento. Esta obra, en la que el rigor científico no está reñido con la claridad expositiva, la pone ahora al alcance tanto del estudioso como del público lector en general.

Carolina Matellanes

ARANA, Juan. *El centro del laberinto. Los motivos filosóficos en la obra de Borges*. Pamplona: EUNSA, 1994. 183 pp. (ISBN: 84-313-1275-0). CODINA, Mónica. *El sigilo de la memoria. Tradición y nihilismo en la narrativa de Dostoievsky*. Pamplona: EUNSA, 1997. 298 pp. (ISBN: 84-313-1495-8)

He aquí dos libros de autores bien diferentes unidos por un planteamiento similar: la aproximación entre filosofía y literatura. O, mejor

dicho, una visión filosófica de la literatura. El hilo conductor del libro de Arana se constituye a partir de los cuatro laberintos con los se yergue el gran laberinto filosófico de Borges: el del conocimiento, el del mundo, el del infinito y el del yo. En el primero, parte de las paradojas fundamentales de "El aleph" o "Funes el memorioso": el conocimiento universal no es posible, porque en el caso de que lo fuera, la vida se convertiría en un infierno. La solución sería el sueño, figura literaria del olvido y la inconsciencia de las cosas y los animales. El sueño es sinónimo de falsedad, de ficción, y el hombre conoce un mundo lleno de engaños y ficciones. Él mismo también es un mero reflejo de otro ser que desconoce. Todo esto suscita una actitud de perplejidad ante las posibilidades del hombre de agotar con sus palabras el enigma metafísico.

Por eso, los tres grandes temas de la filosofía (universo, Dios y hombre) componen otros tantos laberintos estudiados en este libro. En cuanto al primero de ellos, la primera percepción que sale al encuentro es la afirmación del cambio y la multiplicidad de las cosas en las categorías de espacio y tiempo. Para Borges, la vivencia irremediable del fluir temporal lleva al intento desesperado y absurdo de detenerlo forjando la ficción de una eternidad. Para ello recurre a nociones enfrentadas entre sí como la eternización del instante, la eternidad platónica o el eterno retorno nietzscheano. Concluye Arana que, para Borges, la eternidad se encuentra en el mismo presente, ya que la historia es un torpe simulacro de sucesos en apariencia distintos, pero siempre iguales (64-65). Esta concepción trae importantes consecuencias en el plano ontológico, ético y estético.

Después de constatar cómo se rechaza la existencia de un Dios personal y cristiano, Borges no se termina reconociendo en ningún sistema de creencias. Encerrado en el laberinto de su propia visión inmanentista, Borges olvida que "tal vez no sea Dios el que había sido hecho a la imagen del hombre, sino justo al revés" (102).

Arana se detiene a examinar qué antropología subyace en los textos del escritor argentino. Empieza por enfrentarse a su ética, estrechamente vinculada a la experiencia estética. La belleza es omnipresente y puede encontrarse, de forma azarosa, en cualquier instante. Este queda capturado en el texto literario, y, de la misma manera, el artista sabe que su misión, ética, es la de fijar la desventura y el desconcierto existencial en los moldes de la obra. La ética borgeana, por cierto, no está hecha de libertad, sino de un determinismo que nace, según Arana, del vértigo que inspira a Borges el

libre albedrío (118-119). De esta manera, el hombre debe ser fiel a su destino, un destino que se llega a conocer en un presente decisivo: el instante que precede a la muerte. La vida ideal de Borges aspira a construirse según un modelo épico, que funde lo ético con lo estético.

No obstante, el laberinto no concluye aquí. El pensamiento borgeano es contradictorio y difuso. Hay otras éticas que se desprenden de sus textos, como el mismo estudioso llega a reconocer (133). La negación del yo, consecuencia radical de otras negaciones anteriores (el tiempo, Dios, el ser), llevará a la consideración de unos “dudosos arquetipos hechos de vivencias eternas” (176).

Es difícil, con todo, resumir la densidad de ideas hilvanadas en este libro. Un índice más detallado hubiera ayudado a la laberíntica marcha por los vericuetos filosóficos de Borges. Sin embargo, este estudio es sin duda uno de los más completos realizados hasta ahora sobre la filosofía borgeana.

El apoyo discursivo en los textos es exhaustivo, aunque, por un principio metodológico, no se consideren otros aspectos no menos importantes como los argumentos de los relatos o la presencia de ciertas figuras literarias. Así, el mundo atomizado de sus poemas caóticos sería una buena metáfora del encandilamiento estético borgeano por las cosas más triviales (113-115), pero el estudio de Arana no se demora en explicar esta clase de cuestiones. Tal vez esto se deba a un prurito de claridad y rigor metodológico. En todo caso, en ese afán de precisión reside una de sus mayores virtudes, pero también la carencia más notable para quienes se interesan por la literatura. Puede argüirse, efectivamente, que de poco sirve el aparato filosófico de un autor, si este no se ensambla con su mundo imaginario. Con todo, insistimos, esto no impide que el libro de Arana trace un recorrido precioso para cualquiera que desee internarse en la obra de Borges.

El libro de Codina comienza con un capítulo más preocupado por una aproximación exclusivamente literaria. Tomando como patrón el clásico estudio de Bajtin, analiza la polifonía de la narrativa dostoievskiana para llegar a la conclusión de que la obra del escritor ruso es portadora de verdad porque supera los estrechos límites del realismo tradicional, en la medida en que deja un margen muy superior de libertad a sus personajes. El problema fundamental que hubiera debido franquear este capítulo es el apoyo en una bibliografía menos básica en el terreno teórico (Aguilar e Silva, Forster, etc.). Más interesante resulta la Segunda Parte, en donde la autora busca “los orígenes inmemoriados” del universo ideológico de Dos-

toievsky. Sucesivamente muestra el nacimiento a la conciencia del yo, y cómo este se enlaza con el conocimiento de unos orígenes que dan razón de su ser: la Familia, el Pueblo, Dios. De ahí que la memoria, como elemento configurador de la vida humana, se componga del recuerdo de las historias contadas en el hogar: éstas son el germen de la vivencia dichosa y del mismo acto creador.

La polifonía de voces y actitudes está en consonancia con ese mundo que tiene una explicación, que no es absurdo, y que, por tanto, en último término contiene un principio religioso. Todas las conductas marcadas por la libertad tienen un sentido, para apartarse o acercarse a los orígenes verdaderamente sagrados del hombre. De ahí que éste pueda adherirse a su tradición, a su regreso a los orígenes naturales, o bien, negarlos y, en definitiva, hacer de su vida una rebelión nihilista.

La tercera parte, por último, analiza las distintas situaciones que atraviesan ciertos personajes de la novela *Demonios* ante sus orígenes: el diabólico Príncipe Stavroguin, “más allá del Bien y del Mal”, el aislamiento ilustrado de Stepan Trofimovich, el suicida Kirilov, etc. Cada uno de ellos encarna reacciones distintas, pero todas unidas por el repudio del pasado como razón de su identidad. La solución pasaría en estos casos por una mirada al futuro utópico en el que todo sería racionalizado por el yo. Este sólo hallaría aquí la construcción de su identidad. Estas actitudes, no obstante, están condenadas al fracaso.

Tanto uno como otro libro serán de guía útil para quienes quieran acercarse a Dostoievsky o a Borges, desde una óptica crucial, dadas las características de los dos autores. Pero, ante todo, lo que viene a demostrar este género de estudios es la necesidad de impulsar puentes entre disciplinas que por demasiado tiempo se han ignorado entre sí.

Javier de Navascués

WHISTON, James. *Antonio Machado's Writings and the Spanish Civil War*. Liverpool: Liverpool University Press, 1996. 261 pp. (ISBN: 0-85323-550-3)

Otro libro más sobre el entramado vital de Antonio Machado (la complicada relación entre sus escritos, vida y situación socio-histórica como elementos inseparables). Otro libro que habrá que añadir a su ya muy extensa bibliografía: ésta es la primera reacción del lector. Pero este estudio

del hispanista británico James Whiston, ya conocido principalmente por sus trabajos sobre Galdós y Valera, forma parte de un corpus crítico demasiado breve e incompleto. Y es que los postreros escritos machadianos, los correspondientes a los últimos 4 ó 5 años de su vida, han sido frívolamente ignorados por la crítica desde su publicación. Frívolamente: difícil sería encontrar un manual de literatura o un estudio general sobre Machado que no haga mención al supuesto empobrecimiento de su voz después de *Campos de Castilla*, o *Juan de Mairena*, si se trata de una apreciación no limitada al ámbito poético o más liberal (y no sólo en el sentido etimológico). Y en su día, la recepción crítica tampoco quiso reconocer la validez de esta evolución –urgentísima– del poeta, aunque, paradójicamente, la recepción pública más que suplió esa preterición. Por otra parte, tras la guerra civil, la entorpecida o simplemente imposible accesibilidad de estos escritos obstaculizó el estudio crítico. Desde cualquier ángulo, pues, los escritos de esta etapa fueron postergados, y la constatación de su existencia se redujo prácticamente a las denigrantes notas al pie de la página.

No es hasta 1983 cuando se publica un volumen de los escritos de Machado capaz de posibilitar el estudio de sus últimas publicaciones; se trata de *La guerra: Escritos 1936-1939*, editado por Julio Rodríguez Puértolas y Gerardo Pérez Herrero. A partir de esa fecha, saldrán a la luz otras antologías, destacando entre ellas, por recoger casi toda la obra de Machado, *Poesía y prosa*, publicado por Oreste Macrì (Espasa-Calpe, 1989). El de Whiston es el primer libro crítico cuyo exclusivo objeto son los últimos escritos, y seguramente abrirá el camino para futuros trabajos: la crítica machadiana forzosamente tendrá que dirigir su atención hacia esta etapa.

El libro de Whiston es una sólida prueba de condena. Aunque quizás sin proponérselo, demuestra que la ignorancia tradicional de los escritos analizados no se debe a un empobrecimiento, sino a la falta de voluntad, por parte de la crítica contemporánea de Machado, de asimilar nuevas fórmulas literarias –fórmulas que precederían tendencias futuras– y una incapacidad de comprenderlas cabalmente. Ahora, algunos probablemente pretenderán descalificar en cierta medida las afirmaciones de Whiston debido a sutiles interpretaciones que, paulatinamente, van configurando un sistema conceptual crítico que apunta en una dirección políticamente determinada. Pero las interpretaciones de Whiston, a veces atrevidas, no lo son nunca por manipulaciones de ningún género, sino que se apoyan

siempre en un contexto muy documentado y firme. Por otra parte, la dirección ideológica ya se desdibuja explícita e inmanentemente (en los escritos mismos) a medida que la guerra civil se erige como realidad envolvente e ineludible. Por lo tanto, el empeño del autor se limita a mostrar, como veremos, que no hay ruptura respecto de la evolución global de Machado, y que sus últimas publicaciones son coherentes con esa evolución. “If the aphorisms of *Juan de Mairena* (1936) might seem worlds away from Machado’s political commentaries in *La Vanguardia* during the last year of the Civil War, this is due to the kind of response that was demanded from him in that final desperate period. Yet although the surface may seem different, the substance –that of seeing through postures and manoeuvres to the essential elements of conviction and truth– meant that the bedrock of Machado’s vision remained intact.” En definitiva, estamos ya muy lejos de las todavía dominantes y poco matizadas consideraciones de Machado como “poeta simbolista”.

A este fin, Whiston inicia el estudio con un repaso del panorama sociopolítico de la época, y la intervención en él de Machado, pasando después a un análisis pertinente de *Juan de Mairena*, última obra del Machado “canónico” de la pre-guerra. Traza, por ejemplo, las semejanzas y divergencias entre el espíritu de la *Institución Libre de Enseñanza* y las *Misiones pedagógicas* instituidas por Cossío y las enseñanzas de Mairena. El núcleo de este primer capítulo está en las diferentes manifestaciones de la nota unitaria que se repetirá a lo largo del libro y de los escritos de Machado: la concepción de la cultura como “el humano tesoro de conciencia vigilante”. La raigambre popular de Machado se estudia en todo detalle, penetrando en su sentido profundo, siempre *vis-à-vis* Mairena, con especial atención a la interrelación necesaria entre lo intelectual y el verdadero sentir popular: la ampliación de la cultura no está en la transmisión de ideas al pueblo, sino en la ósmosis mutua y la metódica “cubicación del lenguaje” por parte de todos para enriquecer la conciencia crítica. Desde *Mairena*, la visión de Machado es inclusivista, y no se presta al discurso liberal dominante –exclusivista, como sus adversarios: “Una de las dos Españas...”–, sino que lo rebasa, y entrevemos un espíritu modernísimo, más asimilable por nosotros que otros muchos aspectos de la España de los años treinta, ya definitivamente históricos. El capítulo, muy interesante, es fundamental para la lectura del resto del libro, pues sirve como referente para los escritos “políticos” posteriores, de acuerdo con la tesis planteada.

Tras el intrigante y minucioso planteamiento, Whiston entra en el tema y, efectivamente, el lector no notará una ruptura, sino que apreciará la verdadera calidad del Machado de la guerra. Este segundo capítulo abarca los escritos de *La Guerra*, libro que incluye los escritos fechados durante la etapa inicial de la guerra civil (entre agosto del 36 y mayo del 37). Hay un creciente compromiso con la realidad social, despegada del obsoleto tono metafísico, aunque Machado, siguiendo las pautas marcadas por Mairena, prefiere abstraerse de tomar partido a un nivel puramente político. Su compromiso es más bien consecuente con sus planteamientos anteriores: la relación del intelectual con el pueblo (del arte con la vida), la concepción del artista como “un miliciano más con destino cultural”; “nadie es más que nadie” (lo mismo que los filósofos estudiados en las clases de Mairena se convertían en fuentes de diálogo para con los estudiantes). Esta conciencia ya existente, se intensifica gracias a la cercana presencia de la muerte. Y esta presencia irá convirtiéndose en el punto de mira de Machado, ahora como realidad inmediatísima, y acabará subrayando la actitud filosóficamente válida del miliciano que vence la muerte mirándola cara a cara. Estamos ante la elaboración de una “poética de testimonio y denuncia”, de acuerdo con la afirmación subyacente: “la verdad se come al arte”. Esta fase, en suma, acabará estableciendo una ligazón imperativa entre lo conceptualmente intelectual y lo popular. El tono, casi siempre contemplativo, asume tintes cada vez más comprometidos, pero, como bien demuestra Whiston, estos tonos se complementan, lo mismo que se complementan las otras aparentes contradicciones analizadas: la mezcla de poesía y prosa, la oposición pueblo/ soldados e intelectuales, etc., encajando todo en un muy bien explicado pluralismo característico de Machado.

Las primeras contribuciones de Machado en *Hora de España*, esto es, las fechadas entre enero y agosto del 37, aproximadamente, continúan la evolución a partir de *Mairena* y se van perfilando las implicaciones políticas de la filosofía expuesta en *Mairena*. Si Machado no participa realmente del discurso liberal imperante, se acerca de modo actitudinal. Por ejemplo, no compartirá la idea de la división de la sociedad sobre bases de clase ni tampoco el léxico tan en boga (“masas”, etc.), sino que, de acuerdo con su visión inclusivista y hondamente ética y, como él mismo afirmará de modo heterodoxo, cristiana, prefiere buscar al Otro (enemigo) según su actitud ante la vida. Así, la sociedad se divide en “pueblo” y “señoritos”. Poco a poco, estos dos polos señalan inequívocamente uno u otro bando de la

guerra: los “señoritos” a los fascistas, enemigos de la cultura y del sincero humanismo machadiano.

En sus posteriores escritos en *Hora de España*, la atención a la realidad política más concreta se irá intensificando, aunque siempre es posible contrastar sus ideas con las expuestas en *Mairena*. Su inicial deseo de distanciamiento de la guerra, cede a una meditación sobre la guerra en cuanto concepto y en cuanto realidad específica, porque “hay cosas que sólo con la guerra se ven más claras”, y ya no existe la posibilidad de distanciarse: la guerra es una vivencia. Whiston ahonda en estas reflexiones, cotejándolas con la compleja noción de pacifismo/ paz. La idea de la paz, de la guerra y de la muerte se complican hasta una aceptación de la guerra, “esta tregua de la paz que llamámos guerra”, como algo perfectamente válida para hacer brotar una cultura que acabe con la paz vacía de la pre-guerra. La paz es algo muy difícil y lleno de significación, de ética, un imperio en el que reinan los “deberes fraternos”. Así, Machado considera la guerra como un deber, algo necesario. “From August 1936 to April 1938 the stakes have been raised from an intellectual understanding of the impact of the war to a quasi-mystical belief in its necessity and, indeed, validity”. La nueva voluntad de “tomar partido” se somete a, y se fundamenta en, imperativos éticos y morales (recuérdese el poema dedicado a Giner de los Ríos).

Estas reflexiones sobre la muerte, contra la opinión crítica general, se acercan vitalmente a la angustia heideggeriana y a las tendencias existencialistas posteriores, y posibilitarán el activismo político. La nueva actitud de Machado se plasmará en sus artículos de *La Vanguardia*. Es una participación directa en los asuntos inmediatos, pero subordinada a “the ethical questions of openness and democratic accountability”. Aquí también, Whiston resalta los matices oportunos de coherencia y el sentido real de los últimos escritos de Machado.

Tenía razón Octavio Paz al escribir que “sus poemas [de Machado] sólo pueden ser comprendidos cabalmente a la luz de sus últimas meditaciones”. En efecto, como concluye Whiston, *Mairena* sólo se entiende inserto en un ámbito social conflictivo, que supone graves consecuencias intelectuales y espirituales. Gracias al documentado trabajo de Whiston, se abre un nuevo camino para la crítica machadiana, un camino muy a la altura de los ya conocidos, y preciso para comprenderlos.

Michael Peluse di Giulio

WAHNÓN, Sultana y ROSALES, José Carlos, eds. *Luis Rosales: Poeta y crítico*. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1997. 214 pp. (ISBN: 84-7807-185-7)

Urgente era un libro de esta índole: recuperativo, esclarecedor, arriesgado. El libro se publica ahora a raíz de un ciclo de conferencias pronunciadas, en Granada, en 1993, un año después de la muerte del poeta-crítico granadino, Luis Rosales. Se trata de la aproximación a un poeta —y una “generación” (valga el término)— olvidados y malinterpretados a causa de prejuicios latentes todavía hoy en la recepción pública: es una labor de recuperación y depuración. Pero también arriesgada, debido a esos prejuicios, a veces rencorosos, que aún perduran en algunas antologías de la poesía española del siglo XX de reciente publicación. El libro es importante, pues, desde su enfoque mismo, para con Luis Rosales y la lírica española de la posguerra. El afán clasificador que marca buena parte de la crítica española de toda ideología y época —esto es, crear categorías, “buenas” y “malas”, a costa de la individualidad del objeto de estudio— ha hecho que un volumen como éste tarde tantos años en cuajar; asombra la escasez de estudios dignos anteriores. La necesidad de este libro es especialmente pertinente a Rosales y los componentes de su “generación” (Panero, Vivanco...), que han ido pasando a la historia como poetas sin público, quizás por llegar en mal momento y verse eclipsados por el tumulto cultural de su época. Y es así a pesar de unos versos simplemente buenos.

Tras una introducción sintética de Sultana Wahnón, el libro se divide en un doble plano: el primero dedicado al Rosales-poeta, y el segundo al Rosales-crítico. Cabe señalar la equilibrada disposición del estudio que destaca por su coherencia y suave progresión. Así, el primer estudio, de Fanny Rubio, repasa el panorama cultural de la inmediata posguerra, delimitándose luego al ámbito poético y, después, a la ubicación en él del joven poeta y pensador (dos facetas con demasiada frecuencia desunidas). Es un ensayo muy interesante, de una estudiosa de muy solvente autoridad en la materia, al que dedicaré mayor atención. José Carlos Rosales aporta el segundo trabajo, que abarca la obra poética de Rosales desde una perspectiva global. Tras este análisis de carácter introductorio, María Payeras Grau estudia la obra que considera la mejor revelación poética de Rosales, *Diario de una resurrección*, en relación con otras obras anteriores y posteriores, pasando después a un análisis pormenorizado de la obra en sí. El segundo apartado

del libro, el que enfoca la labor crítica de Rosales, se inicia con un trabajo de Sultana Wahnón sobre la evolución de las ideas estéticas del poeta-crítico hasta su desembocadura en una "crítica liberal", alejada ya de los parámetros de la cultura oficial. Esta nueva fase crítica es el tema del siguiente ensayo, de Francisco Linares Alés. Finalmente, el libro concluye con un interesantísimo estudio de Ricardo Senabre, de enfoque más específico, sobre la constante presencia de Cervantes y el Conde de Villamediana en la obra crítica de Rosales. Dedicuemos unas líneas a estos ensayos, aunque prestando más atención, por razones de espacio, a unos que a otros.

El ensayo de Rubio introduce sutiles matices en la historia literaria de la primera posguerra, gracias a los minuciosos detalles que aporta, salvaguardando con esa objetividad un tema fácilmente manipulado. La labor crítica de Rubio en este campo es ya notoria (recuérdese su antología publicada hace unos años y artículos como "La poesía española en el marco cultural de los primeros años de posguerra" en Cuadernos Hispanoamericanos, 276, junio 1973, pp. 441-467, además de sus investigaciones sobre revistas poéticas). Su estudio está encaminado a insertar a Rosales dentro de un panorama cultural heterogéneo. Cierto es que Rosales es un reformador que opera desde dentro de la cultura oficial, pero esa "cultura" no es un bloque, como muchas veces se concibe. Hay tensiones, tendencias divergentes, y en un ámbito aperturista sitúa Rubio al poeta, resaltando su creciente preocupación existencial y "rehumanización" —dirección abogada por él años antes del estallido de la guerra civil y, después, en oposición a la "sacra" poesía "nacional-católica" del nuevo régimen político—. Se trata, como es sabido, de una poesía humana intimista —burguesa, digamos—, de un "realismo trascendente" que, eso sí, va dirigido (porque de él arranca) al "hombre entero", de acuerdo con la visión renacentista de Rosales de lo que "debe ser" la poesía. El hombre "entero", en una época cuyos mejores frutos serían dados por hombres definitivamente rotos, caídos. Es una interesante contradicción —propia de su grupo— de reivindicar un clasicismo equilibrado con un "fondo" moderno: lo humano, claro está, forzosamente tiene que ser lo humano de hoy. Y el Rosales-crítico, curiosamente, no encubriría esta verdad (véase el artículo de Senabre, que subraya la idea de Rosales de que la literatura no tiene "una" lectura, sino una lectura circunstancial, histórica, "generacional"). Pero Rosales era así: defensor, por un lado, de ideas estético-ideológicas "falangistas" (al menos inicialmente) y, por otro, "padrino" de escritores

del talante de Onetti. Gracias a estos matices, y sin proponérselo explícitamente, el ensayo de Rubio nos puede dar pistas para al menos comprender esa incógnita, esa pregunta personal que todos nos hemos hecho (y razón parcial del olvido del Rosales): ¿cómo es posible que, tras el asesinato de su amigo en Vízcar, permaneciera en la Falange?

El estudio global de José Carlos Rosales es una interesante exposición de lo que, según él, es el eje unitario y generador de la obra del poeta: la “poética de la memoria”. Empieza por señalar la evolución general de la poesía española de los años treinta (frente a la tradicional división 27/ 36) hacia una estética garcilasista, abandonando la gongorina: se refiere a la “rehumanización”. La exposición puede interesar al lector que se interroge sobre la trayectoria del poeta, y no será defraudado. Pero, decía, la variedad de su poesía se resume en la importancia de los recuerdos como cimiento de nuestro presente y de nuestra identidad. A esto nos referimos al hablar de la poesía “intimista” e “intrahistórica” de Rosales. El ensayo es interesante, aunque sobran unas valoraciones demasiado afectivas e infundadas (en el contexto del trabajo): considerar, por ejemplo, *La casa encendida* como una de las creaciones más valiosas del siglo XX. Sin restar la importancia que tuvo la obra en un ambiente poético determinado, esta convicción, creo, habría que discutirla.

Payeras Grau realiza un estudio comparado entre *Diario de una resurrección* y *Abril* (la primera obra del poeta), *La casa encendida* y la tetralogía incompleta, *La carta entera*, pasando después a un análisis del *Diario*. Aquí se aprecia la evolución real de Rosales referida a sus escritos con sagaces análisis interpretativos. Sorprende la variada gama de posibilidades poéticas que explora Rosales a lo largo de su producción, siempre respondiendo a vivencias interiores muy personales de las cuales, en algún momento, llega a extrañarse, alienarse. Todo señala que Rosales, por su empeño, es un poeta sincero, cualidad imprescindible –y no tan frecuente– para todo creador poético.

El segundo apartado del libro, que se ocupa de la tarea crítica de Rosales, se inicia con el ensayo de Wahnón referente a sus presupuestos estéticos. Repasa los escritos de Rosales sobre *La voz a ti debida*, donde expresa su radical desacuerdo con la poesía moderna, falta de ese equilibrio entre la vieja fórmula de “fondo y forma”; recordemos que se trata de un crítico que se afana por volver al “hombre entero” (la angustia, para él, no se permite en la poesía). El poemario de Salinas será, pues, ejemplo de la poesía

como “debe ser”, y explicará la gestación de su propio libro primerizo, *Abril*. Prosigue la autora con otros escritos de Rosales sobre el *Romancero gitano* lorquiano, en el que polemiza con la teoría orteguiana de la psicología creadora andaluza y empieza a esbozar lo que será su “teoría de la figuración”, que completará en otro trabajo que atribuye ese “estilo de la figuración” a la causa de la decadencia de la lírica española que empieza con el desbordante intelectualismo de Góngora, y cuya contrapartida se halla en el “estilo de la representación” clásico de Garcilaso, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Prosigue Wahnón con un repaso de otros estudios de Rosales que amplían este último tema, y abarcan otros como la evolución del amor desde Garcilaso hasta Góngora. Concluye señalando su alejamiento, en los años cuarenta, de la estética “oficial” y de sus propios presupuestos iniciales, su paulatina aceptación —o reconocimiento— de los logros poéticos anteriores a la guerra civil, y su acercamiento a las ideas de Dámaso Alonso. El ensayo cumple muy bien con su propósito: sintetizar las ideas estéticas de Rosales, e interesa en cuanto que ofrece aspectos poco conocidos.

El artículo de Linares parte de la crítica de Rosales en la posguerra (alrededor del año cincuenta), cuando comienza a manifestarse una nueva dirección, más “liberal”: la partidaria de la expresión individual del poeta. Es en esta época cuando escribe sus tratados más conocidos, aunque, como señala el autor, carecen del rigor de un método sistemático de estudio. Le preocupa el concepto de la libertad, que analizará en varios libros, arraigada en una perspectiva inequívocamente católica. A veces, vuelve a sus teorías de los años treinta pero con acento nuevo, y otras, estudia las obras de poetas contemporáneos tales como Bécquer (por quien evidenciará una gran admiración), Rubén Darío, Antonio Machado, Panero y Neruda.

Por último, pasemos al ensayo de Senabre, con el que se concluye el libro. Se trata de una indagación en las razones por las cuales Rosales estudió con tanto empeño la obra de Cervantes e investigó insistentemente la oscura muerte de Villamediana, los dos escritores a los que más atención presta. En ambos casos, el autor aporta explicaciones verosímiles y claras, entrando no sólo en el contenido de los escritos pertinentes de Rosales, sino en las posibles motivaciones más íntimas. No trazaré aquí las ideas expuestas, sino que me limitaré a subrayar que se trata de una valiosa aportación al estudio de Rosales, no sólo por abarcar aspectos nuevos de forma intuitiva e inteligente, sino también por revelar un rasgo personal del

poeta-crítico: su entrega sincera al escritor que estudia, su “compasión”. He aquí la nota más importante de toda su obra crítica.

A pesar de la calidad del libro, el lector echará en falta la ausencia de estudios sobre una faceta muy ignorada (aunque quizás uno de los mejores logros) del poeta: su prosa lírica. Se hace mención de, por ejemplo, *El contenido del corazón*, pero sin adentrarse críticamente. Y es un aspecto fértil de su escritura que, a mi modo de ver, supera sus incursiones en el verso libre que, no obstante, recibe mayor atención tanto en este libro como en los estudios existentes. Tampoco se discute la vigencia del poeta, la influencia que haya podido tener en poetas más jóvenes (aunque se afirma varias veces su importancia entre sus coetáneos de poética parecida). Serían estudios más subjetivos, pero necesarios para completar esta excelente colección de ensayos. Una colección que ayuda a recuperar a un poeta injustamente postergado que vino con un mensaje refrescante, aunque desengañado, en un tiempo lóbrego: “Quiero decir una cosa tan sólo: que creo en la poesía [...] sabiendo que la palabra con que lo digo es sólo una impalpable y adherente traducción de ceniza” (de Antonio Molina; *Poesía española contemporánea. Antología (1939-1964). Poesía cotidiana; 1966*).

Michael Peluse di Giulio

MÁRQUEZ, Ismael Pedro y FERREIRA, César, eds. *Asedios a Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Pontificia Universidad Católica, 1996. 320 pp. (ISBN: 9972-42-038-8)

Ismael P. Márquez y César Ferreira son los responsables de este primer intento de compilación de textos críticos sobre la obra de Ribeyro. El libro nos ofrece una treintena de aproximaciones que van desde la mera apreciación impresionista hasta el más riguroso ensayo crítico. Estructurado en función de los diversos géneros cultivados por el escritor peruano, con su lectura puede transmitirse una idea exacta de cómo ha ido evolucionando la crítica sobre el autor: desde los primeros balbuceos hasta la incorporación de los estudios más sistemáticos.

La obra incluye en sus primeras páginas la voz de Ribeyro a través de varios textos. Los primeros son de carácter autobiográfico. En otro nos muestra su decálogo del cuento, seguido de un consejo muy ribeyriano: “Lo más aconsejable es transgredirlo regularmente, como yo mismo lo he hecho.”

O algo mejor: inventar un nuevo decálogo” (37). “Las alternativas del novelista” es uno de sus ensayos clásicos, muy apropiado para una obra de estas características por lo que tiene de revelador en relación con las cuestiones del lenguaje, estilo, técnica, etc. La sección se cierra con una carta a su hermano, donde se pasa revista al primer año de estancia en Europa, y con un fragmento de una novela inconclusa en torno a una aventura muy peculiar.

El segundo apartado intenta aportar un conjunto de valoraciones globales sobre la obra de Ribeyro. Algunas de estas versiones, como la de José Miguel Oviedo, son fundamentales. S. Reisz reflexiona sobre el papel de la duda, la capacidad de sugerencia o la opción por las técnicas tradicionales, a la vez que enjuicia esta desorientadora década para acabar identificando la verdad “en la palabra poco estentórea de autores del temple de Ribeyro” (92). Ferreira nos ofrece la aportación y la ubicación social de una buena parte de los relatos (Lima, años cincuenta), junto a otros de carácter más universal, y otros más intimistas. La entrevista de J. Deis tiene la singularidad de ser una de las últimas concedidas por el escritor antes de su muerte.

El cuento es el objeto de estudio de la siguiente sección, en donde encontramos lecturas atrevidas y originales frente a otras menos originales. Bryce Echenique abre el apartado. El ensayo de Efraín Kristal es otro de los clásicos en la bibliografía ribeyriana. Se trata de uno de los primeros intentos de indagar en un aspecto formal tan importante en la obra de Ribeyro como es el narrador, además de ofrecer datos relevantes para valorar en su justa medida el escepticismo del autor. Rodero analiza desde una perspectiva bajtiniana un relato experimental, *Fénix*. La intertextualidad, la multiplicidad de puntos de vista, la polifonía y la representación degradada del carnaval sustentan esta lectura. Schwald estudia otro aspecto importante: la búsqueda por parte de los personajes de un refugio ideal que los proteja del mundo y les procure a la vez un encuentro con ellos mismos, búsqueda que, siempre precaria e infructuosa, se revela al final como el único sentido posible. Por otro lado, desde la óptica del juego y la ficción, Tisnado examina aquellos personajes que son víctimas de la confusión de los contextos del discurso.

El cuarto apartado se dedica a la novela. *Crónica de San Gabriel* es analizada por Luis Loayza, que defiende tanto un acercamiento social como personal, y por Puente-Baldocea, más interesado en la lectura ideológica, social y política. Dick Gerdes e Ismael P. Márquez estudian *Cambio de guardia*. El primero incide en sus implicaciones políticas. El segundo cen-

tra su análisis en las víctimas de la opresión, y apunta que la propia novela “explora también algunos problemas inherentes de la capacidad y limitaciones de la literatura como expresión política” (227). El crítico hace hincapié en una de las cualidades más notables de Ribeyro: la medida. Ana María Alfaro-Alexander aborda el estudio de las tres novelas de Ribeyro, convencida de que forman un texto panorámico y coherente al mostrar todos ellos una sociedad carente de valores.

Las dos secciones siguientes analizan la faceta ensayística del autor y la prosa corta. El artículo de Forns-Broggi examina la función visual del fragmento en Ribeyro y sugiere la causa de su predilección por el aforismo: “El aforismo niega la comodidad de encontrar un centro, un solo significado, una verdad dicha” (273). Vargas Llosa, consciente de que tan fino como el cuentista es el pensador, elogia la genialidad de *Prosas apátridas*. Entre las virtudes que enumera de su compatriota y amigo destaca la pulcritud de la forma, la palabra precisa y calculada, que “disimula lo gris de la visión” (264).

Los dos últimos apartados se centran en el Teatro y el Diario personal. A. Isola propone para el drama *Atusparia* una nueva concepción que quebrante la subordinación tradicional del espectáculo al texto, y A. Vogely analiza los personajes de las dos piezas más representativas del autor diferenciando al héroe del mártir. En cuanto al diario, González Vigil, siempre certero a la hora de señalar los mejores cuentos, reflexiona sobre la faceta autobiográfica del autor. Niño de Guzmán apunta las causas de la seducción de este diario: “el tono que adopta el escritor, los sucesos que selecciona, la manera de hacernos cómplices de su intimidad, la mirada inteligente y penetrante, la sencillez y honestidad para juzgar su comportamiento” (310). Particularmente interesante es el ensayo de Ismael P. Márquez que cierra el volumen: se trata de rastrear la poética de Ribeyro a través de las numerosas anotaciones que sobre la literatura se encuentran dispersas en su diario.

Francisco Reyes Rodríguez

Vocabularios dialectales. Revisión crítica y perspectivas. Ed. Ignacio Ahumada. Jaén: Universidad de Jaén, 1996. XI+136 pp. (ISBN: 84-88942-80-X)

Nos hallamos en un momento de creciente interés filológico por la lexicografía dialectal —o regional— hispánica, disciplina cuya clarificación metodológica, si bien es una tarea compleja que se encuentra aún en sus

inicios, favorecerá la existencia de unos vocabularios dialectales rigurosos, precisos en sus localizaciones geográficas, definiciones, marcas de uso... y contribuirá al enriquecimiento de los diccionarios generales, que tratan de reflejar en su justa medida las variedades regionales.

En este contexto, la segunda convocatoria del Seminario de Lexicografía Hispánica, que celebró la Universidad de Jaén en noviembre de 1995 y del que da buena cuenta el presente volumen, se propone una revisión crítica de ciertos vocabularios dialectales, en concreto, de los andaluces, extremeños, murcianos y canarios; ahora bien, según afirma el profesor Ahumada en la "Presentación" del libro, "las consideraciones, críticas, propuestas de análisis y conclusiones a las que llegan los profesores Ariza, Hernández, Martínez Marín, Muñoz Garrigós y Perona pueden hacerse extensivas a los vocabularios de otros dominios del español" (x).

A las lecciones mencionadas, se suman las que emplean el profesor Lara en "El *Diccionario del español de México* como vocabulario dialectal" y el profesor Alvar Ezquerro en un amplio resumen de su proyecto "El *Tesoro del andaluz*", y la que, a modo de homenaje, dedica el editor del libro a la figura y la obra del lexicógrafo colombiano don Rufino José Cuervo (1844-1911).

Esta última constituye el capítulo inicial del volumen (1-14). Tras un breve esbozo de la biografía de R. J. Cuervo, destinado a dar cabal idea de su personalidad, su vasta formación y su natural aptitud para los estudios lingüísticos, el profesor Ahumada se centra en su labor lexicográfica: primero, en la que mayor relación guarda con el tema del Seminario y, después, en la que más ciencia lingüística acumula. Al proyecto de don Rufino de confeccionar un vocabulario del español hablado en Bogotá, que acaba en una mínima muestra adelantada en el periódico *El Mensajero* (1886) con el título "Propiedad de voces" y con rasgos como entradas autorizadas o desautorizadas por nuestros clásicos, noticias eruditas o comentarios irónicos, le sigue el de redactar un diccionario general del español a la luz de la nueva ciencia lingüística y con todas las acepciones y usos sustentados por textos literarios; igualmente truncado, todo queda en un folleto de treinta y una páginas que se publica en 1871. Lo fallido de tales intentos no merma el interés de R. J. Cuervo por la práctica lexicográfica, según pone de manifiesto su breve comentario a la undécima edición del *Diccionario de la Real Academia Española* (1869); de él nace en 1874 un principio lexicográfico de gran trascendencia para la correcta redacción de las definiciones: lo que en

lexicografía moderna se conoce como contorno de la definición. A don Rufino se debe, asimismo, la idea de que la variedad sintáctica y sus correspondientes matizaciones semánticas han de estudiarse en los diccionarios; el autor colombiano procura dar cumplimiento a semejante recomendación mediante la obra que más gloria le ha dado: el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (1886-1893), que deja inconcluso –si bien su publicación completa es una realidad desde 1994 y que sorprende por su originalidad y por la actual vigencia de sus planteamientos.

Tal como señala su título, el segundo apartado (15-29) plantea en qué sentido el *Diccionario del español de México* es un vocabulario dialectal. Partiendo del hecho rigurosamente cierto de que una variante del español como la mexicana puede considerarse un dialecto de la lengua española histórica, el profesor Lara define sus características y las del tipo de repertorio léxico al que ha dado lugar. El español de México –explica– es un conjunto dialectal regido por la norma del español de la ciudad de México; por esta razón y por su carácter integral, no diferencial, el *DEM* es el diccionario de una lengua nacional. Ahora bien, considerado el español de México una parte de la lengua española internacional, el *DEM* se puede concebir como un vocabulario dialectal. A continuación, el autor expone las experiencias vividas a lo largo de un trabajo que parte de una base de datos, el *Corpus del español mexicano contemporáneo* (1921-1974), que se prolonga durante más de dos décadas, que culmina en una colección fidedigna del vocabulario mexicano del siglo XX y que se propone, como intención última, contribuir al registro y difusión de la verdadera riqueza de la lengua española.

Movido por la sorpresa de ver desatendidos algunos campos de la lexicografía del español, como ocurre con el de los vocabularios dialectales y, más concretamente, los andaluces, el profesor Martínez Marín analiza algunos de éstos últimos (31-41) para valorarlos en distintos aspectos de su contenido. Son el “Diccionario de andalucismos” de José María Sbarbi, publicado en 1892; la colección de “Voces andaluzas (o usadas por autores andaluces) que faltan en el Diccionario de la Real Academia Española” de Miguel de Toro y Gisbert, publicada en 1920; y el *Vocabulario andaluz* de Antonio Alcalá Venceslada, cuya primera edición corresponde al año 1934. Desiguales por su naturaleza, extensión y calidad, estos repertorios léxicos nacen con el propósito declarado de completar el *Diccionario* académico y presentan rasgos comunes como el empleo de citas literarias, la referencia a obras de su misma índole, la inclusión de simples variantes

fonéticas o formales propias de la lengua popular o la atención a la fraseología. Utilizan ya un metalenguaje científico y, sin embargo, en cuanto a la técnica lexicográfica que hay en su base, constituyen un producto típico de la lexicografía precientífica que ha de ser mejorado tanto en la micro como en la macroestructura.

En fase muy avanzada de elaboración se halla “*El Tesoro del andaluz*” cuando su director, el profesor Alvar Ezquerro, presenta en el II Seminario de Lexicografía Hispánica un amplio resumen (43-58) del trabajo desarrollado hasta el momento. La labor que un buen día decidiera acometer en colaboración con un nutrido grupo de expertos –apunta el autor– culminará en el inventario completo y exhaustivo, preciso en localizaciones geográficas, del léxico andaluz documentado en casi un centenar de trabajos, todos ellos repertorios de carácter lexicográfico si se exceptúa el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía*. Extraídos los datos, con los inconvenientes derivados, principalmente, de la disparidad de las fuentes manejadas, se ha efectuado su introducción en el ordenador, con un completo recorrido por los distintos avances tecnológicos en instrumental electrónico, y, finalmente, se ha realizado una corrección general destinada a dar forma coherente a todo el conjunto; esta última tarea ha supuesto, por ejemplo, la restitución de la correcta escritura en multitud de casos. Superar tales dificultades ha permitido ordenar y sistematizar unos materiales que andaban dispersos, lo cual mejorará el conocimiento de la variedad lingüística que se habla en Andalucía y facilitará la redacción de futuros diccionarios generales.

En el capítulo titulado “Los vocabularios extremeños” (59-81), el profesor Ariza lleva a cabo una revisión histórico-crítica de los léxicos referidos a la región de Extremadura. Desde que en 1909 y 1910 fueran publicados los primeros, han sido escasos los repertorios conocidos por la lexicografía dialectal extremeña, tanto locales como generales. Al primer grupo pertenecen, entre otras, una colección de voces de Albuquerque y su comarca, que publica José Alemany en 1916 y 1917 y cuyos criterios marcarán la pauta de todas o casi todas las demás; o la monografía dialectal de Alonso Zamora Vicente *El habla de Mérida y sus cercanías*, dedicada en su mayor parte al léxico. Entre los segundos, se encuentra el primer vocabulario extremeño propiamente dicho, que recoge voces de diversas localidades y que forma parte del estudio dialectal *Habla popular de Extremadura*, realizado por Antonio Murga Bohigas y publicado en 1979; o el

Diccionario extremeño de Antonio Viudas Camarasa, considerado el mejor que existe hasta el momento a pesar de los múltiples defectos en él señalados por sus estudiosos, lo cual da completa idea de la pobreza reinante todavía hoy en algunas parcelas de la lexicografía regional española.

Los profesores Muñoz Garrigós y Perona dedican su lección (83-100) al repaso de "Los vocabularios murcianos" existentes, como un ejercicio previo a la clarificación del concepto de "murcianismo", tanto desde el punto de vista histórico como funcional o sociolingüístico, y a la creación de un *Thesaurus* del español hablado en Murcia. En la misma tradición romántica de amor a la tierra y de melancólica defensa del panocha se sitúan los primeros registros léxicos de la región. Sin ser el más reciente, el *Vocabulario del dialecto murciano* de Justo García Soriano se considera el más importante de los estudios dedicados al léxico de Murcia, y no sólo por la justificación histórica de su origen o por la concepción lexicográfica que lo reúne, más técnica que en aportaciones anteriores. No tienen la misma pretensión de totalidad el recientemente aparecido *Vocabulario del noroeste murciano* de Francisco Gómez Ortín, que engarza la diferencia con lo que es común en la geografía del español y amplía el número de palabras utilizadas y no registradas anteriormente en ningún sitio conocido; o los dos trabajos sobre el habla de la ciudad de Cartagena, el primero de los cuales se preocupa también por acumular palabras que no figuran en diccionarios y léxicos precedentes.

El último y más extenso capítulo del Seminario (101-134), titulado "Los vocabularios canarios" y elaborado por el profesor Hernández, constituye una exhaustiva revisión cronológica de los trabajos que, desde el año 1846, definen el léxico propio de las Islas Canarias y que pueden distribuirse en tres grandes apartados: repertorios que aspiran a cubrir el ámbito de toda la región o el de una sola isla; vocabularios de hablas locales y glosarios; registros que, sin tener un carácter estrictamente lexicográfico, son de interés para el estudio y conocimiento de la variedad insular. En cuanto al primer grupo, el siglo XIX ve cómo una progresiva mejora de la técnica lexicográfica culmina con el *Glosario de Canarismos. Voces, frases y acepciones usuales de las Islas Canarias* de Juan Maffiotte, obra que, por sus aportaciones y novedades, representa un digno antecedente de la lexicografía isleña del siglo XX. Escasas y limitadas contribuciones conoce la nueva centuria hasta que en el año 1959, Manuel Alvar marca un hito indiscutible en la historia de los estudios dialectales canarios con su trabajo

El español hablado en Tenerife, los capítulos dedicados a los aspectos fónicos, morfológicos, sintácticos y léxicos dan paso a un completo vocabulario que apunta localizaciones geográficas precisas e incluye un estudio contrastivo respecto de otras colecciones lexicográficas. Al ámbito de una sola isla se refieren las que, elaboradas con mayor o menor rigor científico, enmarcan la publicación, en 1975, del primer volumen del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*, obra también debida a Manuel Alvar y considerada la primera y mayor recopilación léxica global de las hablas canarias. En 1992 aparece otra de importancia capital en la historia de la lexicografía dialectal insular: el *Tesoro Lexicográfico del Español de Canarias*, en el que Cristóbal Corrales, Dolores Corbella y M^a Ángeles Álvarez registran todas las voces tratadas no sólo en el *ALEICan* sino en todos los estudios lingüísticos relacionados con el léxico canario y realizados hasta 1991. El nuevo giro que estos trabajos toman a mediados de siglo se materializa, a finales, en el *Diccionario de canarismos* de Antonio Lorenzo, Marcial Morera y Gonzalo Ortega; tenido por excelente vocabulario de ámbito regional y carácter diferencial, su microestructura resulta consecuente con las exigencias de la actual técnica lexicográfica. Dentro del segundo grupo, cabe destacar la obra de Carlos Alvar, *Encuestas en Playa de Santiago (Isla de la Gomera)*, y la de Antonio Lorenzo, *El habla de Los Silos*, publicadas en 1975 y 1976 respectivamente; ambas analizan los distintos niveles lingüísticos de las hablas correspondientes, pero dedican importantes capítulos a los aspectos léxicos. Pertenecen al tercer grupo la *Serie de Barbarismos, Solecismos, Aldeanismos y Provincialismos que se refieren especialmente al vulgo tinerfeño* de Juan Reyes Martín, diccionario normativo de dudas que, elaborado a principios de siglo, atribuye un valor claramente negativo al dialectalismo; o el *Vocabulario etimológico* de José Valenzuela Silva, que en 1933 proporciona información sobre el origen de más de trescientas voces canarias con abundante documentación y comentarios de interés.

La lectura del presente volumen desemboca en natural desconcierto ante la desatención que, desde un punto de vista estrictamente teórico, ha venido sufriendo la lexicografía regional hispánica. Por un lado, según recuerda su editor, es necesario remontarse al siglo XV para ver cómo Antonio de Nebrija incluye el americanismo *canoa* en su *Vocabulario de Romance en Latín*, y al XVII para encontrar al cronista de Indias fray Pedro Simón elaborando un pequeño vocabulario de 155 americanismos que facilite la comprensión de sus escritos; desde entonces, las iniciativas —ya particulares,

ya académicas— no han faltado: contamos con una rica y variada serie de ejemplos tanto de la presencia y descripción de determinados dialectalismos en los diccionarios generales, como de la existencia de inventarios dialectales independientes con una localización y extensión geográfica concretas. Por otra parte, resulta lógico acordar con el conjunto de sus autores que sólo el estudio crítico de los vocabularios dialectales existentes permite conocer y superar sus deficiencias, lo cual se traduce a su vez en una mayor propiedad de los materiales requeridos por los diccionarios generales.

El deseo de unos repertorios regionales rigurosos que, sin menospreciar la tradición lexicográfica, constaten los datos con encuestas, aprovechen los materiales de los atlas lingüísticos y definan con objetividad, aportando las informaciones diatópica, diastrática y diafásica precisas y estableciendo equivalencias con el español común siempre que sea posible, constituyó el motor de un Seminario de Lexicografía Hispánica que, estrecho de miras, —pues sólo se ocupa de los registros meridionales—, aunque amplio en alcances, —pues sus resultados parecen aplicables a los septentrionales—, representa el primer paso de una andadura que no ha hecho más que comenzar.

Ana Isabel Rodríguez Sánchez

PERRÉN DE VELASCO, Lila. *La palabra verdadera. De Antonio Machado a los Novísimos*. Córdoba (Argentina): Argos, 1996. 171 pp. (ISBN: 987-9077-23-7)

Siempre podemos encontrar nuevos ensayos sobre la obra de poetas españoles, entresacando esos estudios de artículos aislados, o, como es el caso, reunidos en un mismo libro. La autora justifica esta selección de textos por la experiencia en el aula universitaria. Las preguntas que surgen en la clase hacen de puente entre el poeta y el profesor que estudia el tema concreto que se ha planteado.

Es difícil hacer una valoración del conjunto sin analizar detenidamente cada uno de los ensayos. En ocasiones, resulta interesante la explicación de algunos poemas que se recogen, más como comentario de textos que como estudio general. Los ensayos son breves. Casi siempre se elige un elemento característico del poeta y, de modo esquemático, se establece una línea de reflexión entre ensayista y lector.

A nadie se le habrá pasado por alto la significación del camino en Machado. Aquí se relaciona con los temas del tiempo y la búsqueda (de la realidad inmediata, de uno mismo, de Dios, del existir).

De Unamuno se resalta su permanente contradicción y la visión religiosa de su poesía (querencia de inmortalidad, querencia de Dios). El comentario de algunos sonetos deja paso a las conclusiones personales.

“Solidaridad” es la palabra que caracteriza el estudio sobre Aleixandre. Solidaridad con el cosmos, —el mundo como materia, con todas sus consecuencias—, solidaridad con el hombre y con la Verdad. Estas tres formas de solidaridad se corresponden con las distintas etapas de la vida poética de Aleixandre. De otros autores también se explica con brevedad la sucesión de sus etapas estilísticas: Hernández, Claudio Rodríguez, etc.

Quizá uno de los trabajos más interesantes sea el dedicado a los sonetos póstumos de García Lorca. Llama la atención el empleo de esta estrofa en un autor tan proclive a los metros populares, así como el tema del amor oscuro. Aparecen las diferentes connotaciones que la palabra oscuro tenía para Lorca: desde el amor secreto y escondido hasta la fecundidad o lo difícil.

La relación de los poetas del 27 con Góngora se ha estudiado en muchas ocasiones. En “La Soledad que no escribió don Luis de Góngora” se contraponen los elementos comunes al poeta gongorino, al que se toma como punto de referencia, con las notas personales de la Generación. La comparación también aparece en el artículo sobre Guillén. Su poema “Dimisión de Sancho” hace brotar la contraposición entre el poema y el personaje del Quijote, en un episodio concreto.

De la obra poética de García Nieto, Premio Cervantes de 1996, se resaltan los elogios a la lengua castellana y a Roma.

“De Machado a los Novísimos” ¿Por qué ese nombre? *Nueve novísimos poetas españoles* fue el título de la antología publicada por Castellet a los cuatro años de la publicación de *Un cuarto de siglo de poesía española*. “Generación de los setenta”, “generación marginada o de mayo del 68” (en palabras de Bousoño)... Lo que demuestra este último artículo es que la ruptura abrupta en apariencia, que tanto escándalo provocó en su momento, era en realidad la andadura por los caminos que había abierto la generación del medio siglo.

En conjunto, el libro es interesante por el acercamiento al lector de artículos y ensayos sobre la obra de poetas españoles contemporáneos.

Como se explica en la Justificación inicial, aunque el paso del tiempo hace que existan nuevas lecturas, siempre permanece la “palabra verdadera” de cada autor y de cada una de sus obras poéticas.

Berta Sánchez Lasheras

HÄRTINGER, Heribert. *Oppositionstheater in der Diktatur. Spanienkritik im Werk des Dramatikers Antonio Buero Vallejo vor dem Hintergrund der frankquistischen Zensur*. Wilhelmsfeld: Egert, 1997. 239 pp. (ISBN: 3-926972-56-4)

Quienquiera que hubiera supuesto que todo estaba dicho sobre la censura, sus efectos sobre la producción dramática y las formas de eludirla, debiera consultar primero el reciente libro de H. Härtinger, con lo que se verá obligado a cambiar de opinión. Con la deseable y utilísima concisión y claridad H. Härtinger expone primero las bases y el funcionamiento de la censura franquista, haciendo especial hincapié en la censura teatral y en la posición y postura específicas de Buero Vallejo y su posibilismo.

De entrada surge la pregunta de si “teatro de oposición” (Oppositionstheater) es aquel teatro que se manifiesta libremente como oposición a la ideología reinante de la índole que sea y al régimen que la encarna o si es únicamente aquel teatro que surge en sistemas totalitarios con la obligación de eludir de una forma o de otra la censura impuesta por la dictadura de turno para poder sobrevivir. El autor se cura en salud especificando que su estudio se dedica al “teatro de oposición en la dictadura”. Tal vez debería precisar y hablar de “teatro bajo la censura”; el término “crítica de España” (Spanienkritik) en el subtítulo acaso no sea el más adecuado, dado que Buero Vallejo no critica a España, sino a lo sumo a determinados españoles de una determinada época y sobre todo, al régimen franquista.

Las partes más ilustrativas y sugerentes del libro son, a mi modo de ver, por un lado, la referida a las condiciones (sobre) de la posibilidad de escribir dramas bajo las limitaciones e imposiciones de la censura y, por otro, los análisis de obras concretas del dramaturgo español en los que el autor demuestra, aparte de una gran sensibilidad literaria, su capacidad de buen hacer al presentar con claridad y buen criterio todos los elementos imprescindibles para fundamentar y documentar el arte dramático de Buero y, ante todo, su habilidad refinada para socavar las imposiciones reprobato-

rias “creando obras maestras de elusión de la censura” en palabras de H.J. Neuschäfer. Basándose en una sugerencia de este ilustre hispanista alemán el autor echa mano de una afirmación de Sigmund Freud en su *Interpretación de los sueños* referida a los efectos de la censura sobre el comportamiento y la producción de los autores literarios para aplicar a continuación el esquema analítico elaborado a tres temas destacados plasmados en seis obras dramáticas de Buero Vallejo.

Llama la atención en el teatro de Buero que todas las obras de “oposición” o de comprometimiento, si se quiere, sean igualmente legibles e interpretables en clave puramente político-dramática incluso haciendo caso omiso de los recursos que surgirían de las necesidades e intenciones de elusión de la censura. Pongo por caso la existencia de un futuro lector ingenuo que no sepa cuáles han sido las condiciones de trabajo de un autor literario bajo la dictadura de Franco; sospecho que ninguno de los elementos dramáticos le resultará extraño o superfluo. Ello implica dos consecuencias: en primer lugar, los recursos con los que se sortea la censura no se distinguen de otros elementos dramáticos, es más, son los mismos recursos, aunque, para revelar su eficacia en los controles censuradores deben ser subliminalmente ambivalentes y ambiguos; y, en segundo lugar, para detectar su ambigüedad es preciso que el lector-espectador posea el adecuado horizonte de expectación. En otras palabras, la obra literaria que pretenda influir sobre el público, sin que caiga sobre ella el vituperio de los vigilantes estatales, debe ofrecer dos lecturas, una supuestamente inocente para obviar y “engañar” a los censores, y otra, veladamente crítica y hasta agresiva para los verdaderos destinatarios. La labor del crítico de este tipo de teatro es, por tanto, y de modo primordial, mostrar cómo a los procedimientos ordinarios se añade, a modo de realidad subyacente una segunda intención disimulada y evidente a la vez.

El autor realiza esta labor recurriendo a la terminología freudiana; rastrea en el teatro de Buero dos procedimientos de “cifrado del mensaje” (*Verschlüsselung der Botschaft*), a saber, el “desplazamiento del sentido” en una doble variante, temporal y espacial, o bien en la combinación de ambas (72-76) y, por otra parte, la “condensación de sentido” en símbolos, en la construcción *pars pro toto* y en el motivo del espacio cerrado (76-83). Es obvio que todos estos recursos literarios no son exclusivos de dramas escritos “contra” la censura, sino que son perfectamente aplicables a los demás, baste recordar por ejemplo la técnica del auto sacramental. En

cierto sentido todas las obras literarias son, por ejemplo, construcciones *pars pro toto*, todas pretenden ejemplificar una problemática e interpretar el mundo en un segmento individualizado. La aplicabilidad universal de una circunstancia y problemática particulares no deja de ser una de las características de la obra literaria en general. Y no es precisamente para sortear posibles vigilancias administrativas.

La “movilización del espectador” se destaca como otro de los efectos que pretende conseguir Buero con su teatro. La movilización se basa en dos estrategias aparentemente contradictorias, la identificación y el distanciamiento del espectador, por un lado, los procedimientos ilusionistas de la tragedia y de la inmersión según el término acuñado por Ricardo Doménech y, por otro, los recursos antiilusionistas del teatro épico. (Por cierto, me parece más adecuada la voz “antiilusionista” que no “desilusión” porque ésta presupone una ilusión previa. Lo que pretenden los brechtianos y también Buero es impedir de entrada que surja.)

En último lugar, el autor menciona como recurso de elusión de la censura el “apoyo en géneros y recursos dramáticos establecidos” como el sainete, el drama religioso y el histórico. El hecho es evidente y (puede ser) perfectamente analizado; sin embargo, uno se pregunta por qué no se incluye en este capítulo el esperpento con el que se cierra el apartado anterior, dado que es igualmente un género establecido y el uso que se hace de él no discrepa del de los demás.

Como ningún libro es perfecto, también se podría mejorar el presente en algunos de sus detalles. Yo creo que la falta de contacto con el mundo exterior, tan característica de *Historia de una escalera*, no se rompe en una sola ocasión sino en dos: la primera vez a través del cobrador de electricidad, como menciona acertadamente el autor (124) y la segunda, al principio del tercer acto con la breve pero no menos significativa intervención del “Señor y del joven bien vestidos” que simbolizan la apertura económica en la España de los años cincuenta. Opino que no se ha tratado con la suficiente profundidad el marco dramático y escenográfico de ciencia ficción de *El tragaluz* que también es un truco de elusión de la censura al situar el presente de la acción-marco —el experimento de recuperación del pasado— y con ello también a los respectivos espectadores, en un futuro lejano (s. XXV o XXX). Aristóteles sólo menciona para la tragedia la unidad de tiempo (1449b12-16), la de espacio y acción son añadidos posteriores. No resulta claro qué criterio

sigue el autor al citar: citas con la misma extensión unas veces se incluyen en el texto y otras se separan con sangría. En la bibliografía se echan de menos los títulos de algunas obras de teoría del drama en los que el autor se apoya implícitamente, baste recordar *Das Drama* de Manfred Pfister y *Lire le Théâtre* de Anne Ubersfeld, por citar solo algunos destacados. Finalmente cuesta imaginarse un “massierten Einsatz bühnen-technischer Darstellungstechniken” (89).

Como se ve, estos defectillos son fácilmente subsanables y no merman la alta categoría científica de este libro y su enorme utilidad para el estudio del teatro contemporáneo español bajo el régimen franquista. Sería deseable una pronta traducción al español.

Kurt Spang

HAENSCH, Günther. *Los diccionarios del español en el umbral del siglo XXI. Problemas actuales de la lexicografía. Los distintos tipos de diccionarios; una guía para el usuario. Bibliografía de publicaciones sobre lexicografía*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1997. 293 pp. (ISBN: 84-7481-849-4)

Sobre ese “montón de palabras” que son, en apariencia, los diccionarios, como señala J.A. Pascual en la presentación de la obra, versa este libro.

Nos encontramos ante un tratado de lexicografía centrado principalmente en presentar una tipología de todos los diccionarios del ámbito hispánico y de algunos ajenos a nuestras fronteras lingüísticas y, lo que es más admirable, en ofrecer una crítica objetiva de todos y cada uno de éstos. Esto la convierte, como explica el autor en el primer capítulo, que coincide con un breve prólogo, en una obra cuya finalidad “es informar de una manera sucinta, pero al mismo tiempo objetiva y crítica, a los profesores y alumnos de todos los niveles, y además a todas las personas que utilizan diccionarios o se interesan por ellos, sobre las obras lexicográficas de la lengua española en la última década del siglo XX” (13). En la página siguiente (14), Haensch informa de la fecha de conclusión de esta obra, febrero de 1996, lo que, sin embargo, no le ha impedido recoger nuevas ediciones de diccionarios o nuevas obras lexicográficas, de las que informa en las pp. 292-293, en el anexo III, del que más tarde se dará información

en esta reseña. El autor señala que su obra quiere ser divulgativa, para lo cual —dice— “he renunciado deliberadamente al uso de una terminología científica sofisticada o esotérica que podría hacer difícil su consulta para el lector no experto en la materia” (13). Hay que hacer notar, sin embargo, que, pese a la facilidad de su lenguaje, que la hace inteligible a cualquier lector, se trata de una obra, en su materia, enciclopédica, que ofrece una información extraordinaria y pormenorizada.

En el segundo capítulo, “Breve introducción a la lexicografía”, Haensch presenta la materia y los problemas que ésta plantea. Después de una rápida visión de conjunto de lo que ha sido la ciencia de la elaboración de diccionarios desde sus comienzos (en la Edad Media, con las glosas) hasta nuestros días, introduce al lector en las posibilidades y limitaciones materiales de la lexicografía, ya que tanto unas como otras son necesarias a la hora de enjuiciar cualquier repertorio léxico. Advierte sobre la llamada “delincuencia lexicográfica” de la que algunas editoriales —más de las que desearíamos— se valen. Seguidamente, explica la situación actual de los diccionarios, tanto en el mundo hispánico como fuera de él, las diferencias entre lexicología y lexicografía o entre lexicografía práctica y teórica, llamada también metalexicografía. En el apartado 2.5 de este capítulo trata algunas nociones básicas de la lexicografía: la unidad léxica, tanto univocal como plurivocal, el problema de las colocaciones, que tantos ríos de tinta ha hecho correr; trata también de la macroestructura y microestructura de los diccionarios. Este capítulo termina con una información bibliográfica, a la que el autor remite para una mayor documentación sobre el tema.

En el tercer capítulo, “Los distintos tipos de diccionarios”, comienza la parte central de la obra. Aquí se detiene Haensch en presentar una tipología exhaustiva, a nuestro entender, de diccionarios, además de una clara explicación de la nomenclatura de los distintos tipos de repertorios lexicográficos. Esta tipología se establece con base en varios criterios: la ordenación de los materiales, el léxico que registran, el número de lenguas que recogen, los destinatarios de la obra. De cada uno de estos tipos de diccionarios ofrece ejemplos del mundo hispánico y, cuando en éste no existen, lo que desgraciadamente ocurre en algunas ocasiones, los ofrece de otros países: así, por ejemplo, no existe un diccionario de colocaciones para el español, pero el autor informa sobre dos obras alemanas que podrán servir de modelo para el mundo hispánico, y remediar esta falta; el primero de ellos, de Werner Beinhauer: *Stilistisch-phraseologisches Wörter-*

buch Spanisch-Deutsch, Munich, 1978 (*Diccionario estilístico-fraseológico español-alemán*); el segundo es también bilingüe, francés-alemán: *Langenscheidts Kontextwörterbuch Französisch-Deutsch*, Berlín y Munich, 1989, (*Diccionario de contexto francés -alemán*, de la editorial Langenscheidts).

Además, ofrece el autor muestras fotográficas ilustrativas de páginas concretas de algunas de estas obras lexicográficas: véase, por ejemplo, el *Diccionario enciclopédico ilustrado Sopena*, t. 4, Barcelona, 1978, (48), F. Varela y H. Kubarth: *Diccionario fraseológico del español moderno*, Gredos, Madrid, 1994, (62), J. López de Huerta: *Examen de la posibilidad de fijar la significación de los sinónimos de la lengua castellana*, 4ª ed. Barcelona, 1819, (69); incluso recoge muestras del *Pequeño Atlas Léxico de la Sabana de Bogotá* (Mapas 64 y 3) (82), ya que Haensch considera los atlas lingüísticos como repertorios lexicográficos y los clasifica dentro de los diccionarios paradigmáticos.

Los apartados 3.3, 3.4, 3.5 y 3.6 ofrecen gran cantidad y variedad de información. En el primero de estos apartados encontramos una amplia relación de tipos de obras lexicográficas: diccionarios sintagmáticos, entre los que pueden citarse los diccionarios de colocaciones; diccionarios paradigmáticos, por ejemplo, de la rima, de gestos; diccionarios que registran un determinado subconjunto de unidades léxicas, entre los que distingue Haensch: a) de marca cronológica específica, b) de marca diatópica, c) de unidades léxicas pertenecientes a determinados niveles lingüísticos, entre los que cita diccionarios de insultos, del vocabulario sexual y diccionarios del vocabulario de civilización, diccionarios con una finalidad específica, entre los que se cuentan: diccionarios de dobles, de indigenismos y afroamericanos y, por fin, otros tipos de diccionarios: los de concordancias, biográficos y bibliográficos. En 3.4 se detiene en los distintos tipos de diccionarios generales: a) monolingües, b) bilingües y c) plurilingües. Se detiene más, como era de esperar, en los monolingües; estudia los distintos diccionarios académicos, el de Autoridades, el Ilustrado, el DRAE, incluida su versión en CD-ROM. En el siguiente apartado expone la situación de la lexicografía hispanoamericana, desde el Descubrimiento hasta la actualidad. Da noticia, también, del *Nuevo Diccionario de Americanismos (NDA)* "Proyecto de Augsburgo", que desde 1976 se está elaborando en la Cátedra de Lingüística Aplicada (Lenguas Románicas) de la Universidad de Augsburgo, bajo su dirección y la de R. Werner. El último de los apartados señalados más arriba se reduce a una observación final sobre la clasificación tipológica an-

teriormente expuesta. En ella se recogen otros diccionarios que deberían existir, pese a que la cantidad de material existente no daría para llenar una obra lexicográfica extensa. Señala la posibilidad de que aparezcan nuevos tipos de diccionarios (de onomatopeyas, nombres colectivos o palabras truncadas) o, al menos, que estos datos se recojan en vocabularios o glosarios.

El cuarto capítulo de la obra, "La crítica de diccionarios", ofrece un esquema para llevar a cabo reseñas de diccionarios e informa de los pasos que hay que seguir. Hay que tener en cuenta, según Haensch, los datos bibliográficos, la caracterización tipológica, la evaluación formal, tanto cuantitativa como cualitativa, del diccionario. Para ello debe llevarse a cabo una descripción de la macroestructura y un análisis de la microestructura. También se debe considerar y evaluar el contenido, las ilustraciones y la tipografía. Así se llegará a un juicio crítico final de la obra. Por último, señala la necesidad de que haya más críticas de diccionarios en los países hispanohablantes, sobre todo, críticas objetivas.

El capítulo cinco recoge las conclusiones; en él el autor justifica su crítica hacia la lexicografía práctica hispánica, que algunos podrían calificar de excesivamente dura, pero que es necesaria para mejorar los diccionarios de una lengua que se tiene como materna en veinte países del mundo y que fue la primera de las románicas en aparecer recogida en diccionarios.

El sexto capítulo del libro presenta una extensa bibliografía metalexicográfica actual, tanto de obras introductorias a la lexicografía, como de artículos centrados en la influencia que tuvo la política en la lexicografía práctica, sin olvidar la relación entre la lexicografía y la informática.

Las cinco últimas páginas de la obra las repartí entre tres anexos: en el primero de ellos hay consejos prácticos para que el lector elija el mejor diccionario posible según sus necesidades; el segundo va dedicado a los lectores del libro: en él Haensch repite el motivo que le llevó a escribir la obra, informa de la posibilidad de que existan en ella algunos errores y pide a los lectores que le ayuden a mejorar las posteriores ediciones. "De esta manera —dice el autor— podrían sacar aún más provecho de la obra: los libreros y usuarios de diccionarios para su orientación y los autores y editores de diccionarios, si lo desean, para mejorar los diccionarios existentes o para publicar aquellos tipos de diccionarios que aún faltan para el español" (291). El tercer anexo recoge informaciones complementarias sobre nuevos trabajos o repertorios léxicos de los que el autor tuvo noticia una vez concluida la redacción de la obra que reseñamos.

La valoración global de esta obra de Haensch no puede ser más positiva, ya que recoge, clasifica y juzga objetivamente una gran cantidad de repertorios léxicos, entre los cuales algunos eran desconocidos no sólo por el lector común, sino incluso por el experto en el manejo de obras lexicográficas.

Me permitiría, sin embargo, señalar que, a pesar de la precisión que Haensch demuestra a lo largo de toda la obra, hay algunos errores en las referencias bibliográficas, debido sin duda al número de fichas que el autor debió de manejar: curiosamente uno de ellos lo presenta una de las obras de las que él mismo es autor. En Haensch/ Werner 1970, el artículo "Consideraciones sobre la elaboración de regionalismos (especialmente del español de América)" (265), se encuentra en el vol. 29, de 1978, del *Boletín de Filología*, y no en el vol. 21, de 1970, como recoge el autor en la bibliografía. Salas 1964 (279) presenta otro error, el artículo que se cita no se encuentra recogido en el vol. 12 del *Boletín de Filología*, sino en el vol. 16 de esta misma revista. En Salvador 1980 (279), encontramos otro error: este artículo está recogido en las pp. 49-57 del vol. 10 de la *Revista española de Lingüística*, y no en las pp. 138-144, como afirma Haensch.

Es este libro un grito desesperado para despertar a la lexicografía práctica hispánica del letargo en el que se halla inmersa.

María Isabel Toledo Botaro